



HUELLAS

litterae communionis

Revista Internacional
de Comunión y Liberación
en lengua española

04

Abril 2020 | 3,80 euros

**¿Qué vence
el miedo?**

EMERGENCIA CORONAVIRUS

LAVARSE O ENFERMAR

Millones de personas no tienen agua ni jabón.
No pueden seguir las recomendaciones
básicas de higiene.

Están condenadas, a menos que les ayudemos.

Hazte socio/a y podremos comprar
kits sanitarios



HAZTE SOCIO /A

<https://www.cesal.org/haztesocio>



DONA en <https://www.cesal.org/dona>
BBVA ES38 0182 0937 52 0011501928
SANTANDER ES78 0049 1811 35 2110259564

Editorial

¿Qué nos arranca de la nada?

Milán, 12 de marzo de 2020

El editorial de este número es la carta que don Julián Carrón, presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, ha enviado a todo el movimiento.

Queridos amigos:

Aunque no existe todavía ninguna disposición de las autoridades con respecto al próximo mes de abril, la actual emergencia sanitaria y los problemas ligados a la organización de nuestros gestos nos obligan a anular los encuentros habituales de esta época: los Ejercicios de la Fraternidad, los Ejercicios de los trabajadores, el Triduo de Bachilleres, los actos de la Semana Santa del CLU, los Vía Crucis y la Escuela de comunidad del 1 de abril.

Esta decisión, impuesta por la situación de emergencia que estamos viviendo, no hace que desaparezca la presencia insidiosa del coronavirus entre nosotros ni atenúa la provocación que ella representa, no nos permite mirar para otro lado, como si no nos tocara. Lo queramos o no, nos afecta a todos. Y compartimos con todos la misma pregunta: ¿cómo estar como hombres frente a esta circunstancia?

En estas ocasiones—que el Misterio no nos ahorra—podemos percibir con más claridad la gracia del carisma que nos ha alcanzado y la capacidad que tiene para ayudarnos a estar en pie delante de lo que sucede. «La única condición para ser siempre y verdaderamente religiosos es vivir intensamente lo real» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 156), nos decía don Giussani. Esta concepción de la religiosidad nos permite reconocer cualquier circunstancia como vocación. «Vivir la vida como vocación significa tender hacia el Misterio a través de las circunstancias por las que el Señor nos hace pasar, respondiendo a ellas. [...] La vocación es caminar hacia el destino abrazando todas las circunstancias a través de las cuales te hace pasar el destino» (*Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 63-64). Don Giussani era perfectamente consciente del vértigo que esto introduce en la vida. «El hombre, la vida racional, debería estar pendiente del instante, pendiente en todo momento de estos signos tan aparentemente volubles, tan casuales, como son las circunstancias a través de las cuales me arrastra ese desconocido “señor” y me convoca a sus designios. Y tendría que decir “sí” a cada instante sin ver nada, simplemente obedeciendo a la presión de las circunstancias. Es una posición que da vértigo» (*El sentido religioso*, op. cit., p. 195).

Es difícil encontrar una expresión más adecuada para describir la situación en la que nos encontramos cuando estamos realmente delante de lo que sucede: estar pendientes vertiginosamente «en todo momento de estos signos tan aparentemente volubles, tan casuales, como son las circunstancias». Y sin embargo esta es la única actitud racional, porque a través de esas circunstancias la presencia del Misterio, de ese «desconocido “señor”» nos interpela, nos provoca a Su designio, al cumplimiento de la vida.

Pero «la razón, impaciente, no tolera adherirse a ese único signo a través del cual poder seguir al Ignoto, un signo tan tosco, tan oscuro, tan poco transparente, tan aparentemente casual, como es el sucederse de las circunstancias; es como sentirse a merced de un río que te arrastra de acá para allá» (*El sentido religioso*, op. cit., p. 195).

En estas semanas cada uno podrá ver qué posición prevalece en él: si una disponibilidad para adherirse al signo del Misterio, para seguir la provocación de la realidad, o bien dejarse arrastrar por cualquier «solución», propuesta, explicación, con tal de distraerse de esa provocación, de evitar ese vértigo. Después, cada uno de nosotros podrá verificar la consistencia real de las «soluciones» en las que ha buscado refugio.

¿Cómo acompañarnos en esta situación tan difícil? ¿Cuál es la compañía que necesitamos de verdad? ¿Cuántas veces buscamos una respuesta vaciando el acontecimiento que nos ha alcanzado, reduciéndolo a un ámbito de relaciones que nos proteja del impacto de las cosas, que nos ahorre el desafío de las circunstancias, en lugar de impulsarnos a vivirlo! Pero una compañía así no puede responder: en momentos como los que estamos atravesando, en los que la urgencia de la vida se vuelve ineludible y potente, esto resulta más evidente que nunca.

Un joven amigo mío ha terminado la carrera y ha empezado una nueva vida. Como consecuencia de ello, ya no nos podemos ver tan a menudo como cuando iba a la universidad. Hace poco se quejaba de esto conmigo. Le recordé un pasaje del Evangelio. Un día los discípulos estaban en la barca con Jesús y se dieron cuenta de que se habían olvidado el pan. A pesar de que habían sido testigos de dos milagros grandes como una casa —dos multiplicaciones de panes como no había sucedido nunca en la historia—, empezaron a pelearse entre ellos porque se habían olvidado los panes. ¡A mi joven amigo le hacía ver que Jesús estaba ahí, junto a ellos, en la barca! El problema no es que estuviesen solos, porque Jesús estaba con ellos, sino que *para ellos era como si no estuviese*. Y de hecho discutían entre ellos porque no tenían pan. Para mostrarles dónde estaba el problema, Jesús no hace otro milagro. ¿Para qué habría servido hacer otro, después de todos los que ya habían visto? ¿Cómo les ayuda Jesús? Les plantea tres preguntas. La primera: «¿Cuántos panes sobraron después de la primera multiplicación?». A continuación: «¿Cuántos sobraron después de la segunda?». Y finalmente: «¿Todavía no comprendéis?» (cf. Mc 8,19-21). ¡Qué valiosa es la contribución que ofrece Jesús a sus amigos sin ahorrarles las preguntas! No añade explicaciones, no realiza otros milagros, sino que les invita, desde dentro de su experiencia, a usar hasta el fondo la razón, de modo que puedan darse cuenta de *quién* es la persona con la que se han encontrado (¡tenían con ellos al dueño de la panadería!). Si no habían entendido (¡atentos!), no era porque estuviesen solos o porque no dispusiesen de elementos suficientes, sino porque todavía no habían usado bien la razón. De hecho, Jesús se les había desvelado a través de los muchos signos que habían visto, de una respuesta excepcio-

nal, que correspondía por fin al corazón, a su necesidad como hombres y a la de todos, en muchas ocasiones, algunas dramáticas, pero ellos todavía no habían reconocido quién era, con ese reconocimiento que se llama fe y que «florece sobre el límite extremo del dinamismo racional como una flor de gracia a la que el hombre se adhiere con su libertad» (*Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 46).

Jesús aprovecha cualquier circunstancia para mostrar a sus discípulos su forma de estar delante de todo lo que sucede, de cualquier imprevisto, aunque sea doloroso, con el fin de que ellos experimenten la pertinencia de su presencia, de la relación con Él—de la fe—, a las exigencias de la vida. «El contenido de la fe —Dios hecho hombre, Jesucristo muerto y resucitado— que aparece en el encuentro y, por tanto, en un punto de la historia que cada uno de nosotros vive, abarca y abraza todos sus momentos y aspectos, que se ven metidos como por un torbellino dentro de ese encuentro y afrontados necesariamente desde su punto de vista, conforme al amor que brota de él, de acuerdo con su posible utilidad para nuestro destino y para el destino del hombre que nos sugiere» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 42). Si el encuentro que hemos tenido no llega a ser para nosotros como un torbellino dentro del cual se ven metidos todos los momentos y aspectos de la vida, nos encontraremos perdidos ante cada nuevo imprevisto, ante cada nueva dificultad.

De este modo, una circunstancia tras otra, en la experiencia continua de una «conveniencia» inesperada, «el encuentro que hemos tenido, por su propia naturaleza totalizador, se convierte con el tiempo [subrayémoslo: con el tiempo] en la forma que adquieren todas mis relaciones, la forma verdadera en que miro la naturaleza, en que me miro a mí mismo, a los demás, todas las cosas. Un encuentro, si es totalizador, se traduce en una forma y no solamente en un ámbito nuevo de relaciones: no provoca simplemente una compañía entendida como lugar de relaciones, sino que establece la forma en que estas se conciben y se viven» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 41).

Es precisamente en este nivel de la cuestión —el reconocimiento de la naturaleza totalizadora del encuentro, que se convierte en forma verdadera de cada relación— en el que vienen en nuestra ayuda presencias verdaderamente «amigas» que nos testimonian el camino que nos permite vivir una situación como la actual. Presencias que no programamos nosotros, tan excepcionales —aun dentro de las circunstancias de todos— que nos dejan sin palabras, en silencio. «De repente me he visto catapultada a la trinchera.

Parece que estamos en guerra. Mi situación cotidiana laboral y familiar ha cambiado en un día. Como médico, como madre, como mujer me veo durmiendo aislada de mi marido, sin ver a mis hijos desde hace dos semanas, sin poder tener un contacto directo con el paciente. Entre mis enfermos y yo hay una mascarilla, una visera y su escafandra. Con frecuencia son ancianos que viven solos este momento. Tienen miedo. Mueren solos. Y los familiares, aislados en casa, no pueden asistir a su ser querido, y reciben por la noche una llamada en la que les comunico la muerte de su familiar: entre ellos y yo hay un teléfono de por medio. ¿Qué puedo hacer por ellos humanamente, como cristiana? Entro en la planta, busco una sonrisa y el abrazo de una enfermera amiga: en este momento de aislamiento también necesito sentirme físicamente unida. Y solo puedo abrazarlos a ellos. Frente a todo esto, me sostiene leer todos los días la carta de Carrón en el *Corriere della Sera* («Cómo aprendemos a vencer el miedo en medio de las dificultades», 1 de marzo de 2020, p. 32), que me ayuda a ponerme nuevamente en una posición de apertura, a preguntarme qué es lo que, en el fondo, se mantiene en pie. Soy llamada a reconocer lo esencial, la verdad. También está todo el recorrido que hemos hecho con el texto de la Escuela de comunidad: la prueba es el método con el que puede crecer la fe si la libertad se pone en juego frente a la preferencia que nos lo pide todo. Y esto da vértigo. Tenemos que fiarnos y asumir este riesgo. La certeza que sostiene nuestra vida es un vínculo, y tenemos que hacer un camino para llegar a esta certeza afectiva. Las circunstancias se nos dan para apegarnos más a Él, que nos está llamando de forma misteriosa. La fe es fiarse de que Él nos está llamando. «Solo cuando domina en nosotros una esperanza fundada somos capaces de afrontar las circunstancias sin huir». Somos llamados más que nunca a responderle a Él, que nos llama de forma misteriosa. Esta es la certeza que puedo ofrecer a mis enfermos, a los familiares, además de proporcionar los cuidados médicos necesarios».

Este es el desafío frente al que se encuentra cada uno de nosotros. En este momento en el que se expande la nada, el reconocimiento de Cristo y nuestro «sí» a Él, incluso en el aislamiento en el que cada uno de nosotros podría verse obligado a estar, constituye ya hoy la contribución para la salvación de cada hombre, antes de cualquier intento legítimo de hacerse compañía, cosa que hay que buscar dentro de los límites de lo permitido. Nada es más urgente que esta autoconciencia.

Aunque no podamos hacer los Ejercicios de la Fraternidad, nada nos impide proseguir nuestro camino para seguir cre-

ciendo en la certeza, en esa «esperanza fundada» que necesitamos absolutamente para vivir en estas circunstancias. Por eso os envió la pregunta que había pensado para la preparación de los Ejercicios, nunca tan pertinente a la situación como ahora: «¿Qué nos arranca de la nada?».

Todos vimos el año pasado lo útil que fue hacer una pregunta para estar atentos a la experiencia que vivíamos. Este año puede ser todavía más decisivo. Por tanto, invito a quien lo desee a enviar su contribución a comunicazionifrat@comunioneliberazione.org

Ya veremos cómo aprovechar el recorrido de las semanas que nos esperan y cómo responder de la forma más adecuada posible a las preguntas que surjan. Abiertos al imprevisto.

Se trata de un tiempo inédito y dramático. ¿Qué dimensión pueden adquirir los gestos tan queridos para nosotros como el *Ángelus* por la mañana, a mediodía y por la noche, el *Memorare* antes de dormir, el trabajo cotidiano, personal y en familia, sobre la Escuela de comunidad, la jaculatoria *Veni Sancte Spiritus* nada más despertarnos y en cada instante en que la circunstancia nos desafíe tanto que necesitemos suplicar para poder afrontarla!

Os exhorto vivamente a la caridad fraterna, con especial atención a las necesidades que surjan entre nosotros, permaneciendo en contacto como podamos, aprovechando de la mejor manera posible todos los instrumentos que nos ofrece hoy la tecnología.

Finalmente, siguiendo la invitación del papa Francisco, «no dejemos de rezar por los enfermos, por los que trabajan en la sanidad, por todos los que sufren esta epidemia».

Os abrazo a cada uno en esta Cuaresma tan decisiva para nuestra conversión a Cristo, que ha vencido a la muerte.

¡Acompañémonos y dejémonos desafiar por los tiempos que vivimos, para no perder la ocasión que el Misterio ha preparado para nosotros!

Vuestro,

don Julián Carrón



a cargo de
Carmen Giussani
huellas@clonline.es

*Silvia, Yara, Carmelo, Teresa,
Puri, Loredana, Marina*

En primera fila

4 Frente a las medidas tomadas por el gobierno, hemos cambiado 360 grados nuestra vida y nuestra rutina. La situación es grave, más aún con el sistema de salud tan débil que tenemos, la pobreza y la dificultad para entender bien lo que pasa. Así las cosas, obedecer a las indicaciones no es sencillo. Nosotros no trabajamos directamente con el paciente infectado por el coronavirus, sino protegiendo a nuestro bastión, que son los pacientes con cáncer, niños y adultos ya asustados y temerosos por su enfermedad, porque no logran cumplir los tratamientos, aferrados al deseo de curarse, y ahora con el peligro de infectarse. Tratamos de seleccionar los casos según lo avanzada que esté la enfermedad, si es curativo operarlos o no, etc. Decisión difícil, pero no podemos atender a todos, los ponemos en altísimo riesgo, más que su propia enfermedad. La mayoría vive lejos, no logran llegar a sus consultas, a los tratamientos, y cuando llegan ya no logran retornar a casa, llegan cansados, con dos o tres horas de camino para no perder su cita o terapia. Hoy se habilitaron algunas áreas del hospital para que duerman allí, incluso también el personal de salud porque no tenían cómo moverse. El personal de salud no se fue hasta culminar con su labor. A estas personas las veías todos los días por los pasillos, las saludabas como si ya supieras de su trabajo, pero no pensabas que podían ser tan generosas y mantenerse firmes en lo que les toca hacer, limpiar el suelo, atender a un paciente, poner un tratamiento, hasta repartir la medicación a domicilio. Nuestra institución es una de las más completas y equipadas en comparación a otros hospitales donde la situación es más compleja. Nos reunimos a cada momento con los directivos para hacer cambios, porque estamos en una situación de emergencia. Yo estoy al frente de emergencia, pediatría, medicina crítica, UCI, quimioterapia, trasplante, cuidados paliativos, y cuento con un gran equipo que hace que nuestro trabajo

fluya, ¿pero esto es suficiente? En estos momentos de tensión, se extrema la atención: me he dado cuenta de que cuanto más miras y te dejas sorprender, herir por el que tienes delante, más entras en la profundidad del significado de las cosas. Ya no te quedas tranquilo, ya no te conformas, buscas ese significado. Me conmueve escribirlo, porque pienso que cambia la percepción de las cosas, incluso las más duras te permiten descubrir que en compañía de Jesucristo cobran significado. Sí, Jesús nos acompaña, como dice el himno de Cuaresma, mediante la compañía de sus amigos. Como escribe Carrón cuando habla del milagro de Jesús y los panes, tenían la panadería ante sus ojos y no se daban cuenta, entonces no es un problema de estar solos o no, porque no lo estamos, ¡sino de reconocerle presente en lo que tenemos delante!

Silvia, Lima (Perú)

¿Qué es lo que me hace libre?

Lo primero y más importante es que hay Uno que me ha salvado, que me saca una y otra vez de mi propia red. Y estamos esperando la Pascua. ¡Qué coincidencia vivir la Cuaresma en cuarentena ofreciendo nuestros sacrificios! En segundo lugar, la esperanza de ciertos corazones que son pura entrega. Más allá de los miles de videos que puedan circular con buenas iniciativas y pasatiempos, un corazón que no hace acopio sino un corazón que se dona: en tiempo, en vida (incluso en oración), a mí me da esperanza. Pienso en una amiga que es enfermera y que llega agotada a casa, con el corazón de sus pacientes acurrucado en su regazo. Pienso en amigos (y otros desconocidos) médicos atendiendo a tantos pacientes sin obcecarse en el error de otros, sino dándose. Todo esto me hace caer en la cuenta de que existe una fuente inagotable que no es solo humana.

Yara, Madrid

Una presencia buena

Están siendo unas semanas fatigosas y unos días de gran impotencia. Expuestos al miedo, la psicosis y el sinsentido de tanta gente. Al mismo tiempo se siguen dando, providencialmente, multitud de momentos en los que se impone una presencia buena. Yo trabajo en una farmacia y lo cotidiano es la dispensación de medicamentos. En la atención a nuestros pacientes-clientes hemos pasado de recibir abrazos y besos a tener que mirar por encima de las mascarillas y seguir la mirada de tantas personas que siguen mostrando agradecimiento y afecto por nosotros y por nuestro servicio. ¡Qué fácil es establecer ese contacto visual que ahora es más cercano que nunca! ¡Cómo se agradece y cómo agradecen ser acogidos con esa mirada sincera! ¡Cuántas veces hemos deseado que se diera esa mirada con todos, los más cercanos en afecto y también en aquellos que, por trabajar de cara al público, posiblemente solo les vea una vez, porque van de paso. ¡Qué misterio tener esta conciencia a flor de piel a cada instante, tal y como Giussani la tenía cuando iba en ese vagón de tren y se preguntaba por el destino de cada persona con la que cruzaba la mirada! Ante tanta incertidumbre, cuánto me ha ayudado la muerte de mi padre (ha coincidido el final de su enfermedad con el comienzo de esta locura sanitaria), para tener la conciencia de saber qué es lo esencial. Porque ante la muerte la vida se impone con su significado.

Carta firmada, Madrid

Un huésped inesperado

«¿Puede un hombre renacer cuando es viejo?». 2020 años después, así le contestaría a Nicodemo: «Sí, es posible, porque me está pasando a mí». En mi vida ordinaria, con sus fatigas y sus alegrías como las de todos, hace unos meses he tenido que hacer espacio para un huésped inesperado: una grave enfermedad. Empezó así un largo recorrido, a veces cansado mentalmente, otras muy pesado físicamente. Pero sobre todo imprevisible en cuanto al tiempo y también a la curación. Vivo en una condición vertiginosa. Yo que he escalado los Dolomitas con mi *mountain bike*, que tengo una esposa extraordinaria, un trabajo que me gusta, tres hijos, dos hipotecas, amigos de los que nunca me separaría, he tenido

que dejarlo todo, confinado en una habitación de hospital. ¿Quién me mantiene en pie? La conciencia de haber sido siempre amado, elegido, preferido, también en esta prueba. Y una conciencia que no es fruto de razonamientos complicados, sino de una compañía viva, concreta, gustosa como un buen plato de lasaña al horno como la que mi amigo Gregorio me quiso preparar y me llevó a casa. Una compañía tan concreta como el Santísimo, único alimento que tomé, aparte del suero por goteo, durante los días en el hospital. Real como la compañía de mi mujer, de mi familia y de mis amigos que son como las piezas de la armadura con la que me enfrento a este tramo de mi vida. Un tramo bellissimo porque la fatiga y la prueba están acompañadas por la presencia del Misterio que siempre me sorprende.

Carmelo, Noto (Siracusa)

Aquel que calma la tempestad

En estos días me interesa y mucho para qué suceden las cosas, me interesa ver si es verdad, como decía don Giussani, que forma parte del poder de Jesús que las cosas y las personas que nos regala sean para siempre. Escucho, y siento como mía, la urgencia de los amigos y compañeros sanitarios que se ponen cada día ante una tarea que les sobrepasa, ante una manera de tratar a los enfermos que no es la que les gustaría, ante unos resultados que, a menudo, son desoladores. Y esto deja poco espacio para los discursos y la teoría. En la circunstancia concreta necesitamos que suceda algo distinto, capaz de hacernos retomar cuando estábamos a punto de rendirnos. ¿Qué es lo que puede hacer que cuando vas a tirar la toalla decidas recomenzar? Solo que aparezca algo real y concreto capaz de volver a darte la energía, la confianza y la paz que en ese momento ya no tienes. Y cuando sucede, cuando suena el teléfono y alguien te asegura que Cristo no se ha ido de vacaciones, que está presente y que tiene el poder de «calmar las aguas», como decía el Papa, compruebas que es real y no es una idea porque tienes la experiencia de recuperar tu yo aplastado por el dolor y el cansancio. Yo, que ya casi no trabajo como médico, participo del regalo de lo que estos amigos comparten, haciendo que los milagros de la presencia de Jesús se hagan palpables también para mí.

Teresa, Madrid

Siguiendo a Leticia y Marta

La última cena que disfruté estábamos tres personas de *uninicio* (empresa social que promueve la formación y el empleo de jóvenes vulnerables a través de la gastronomía y la producción de alimentos para restaurantes y catering entre otros, ndr.) disfrutando de viandas y brebajes como siempre que acabamos tarde de trabajar. La incertidumbre, el no saber y el miedo ante lo que veíamos comenzaron a calar en nosotros. Era tan extraño todo, tan nuevo, que las conversaciones con clientes, amigos y compañeros deambulaban entre las bromas forzadas, las risas nerviosas y el buscar dónde poder agarrarnos para seguir avanzando. Dos personas del equipo miraron la situación sin miedo y apostaron todo por un giro de timón que cambiaba todos los procesos y el funcionamiento. No sucumbieron ante la incredulidad de los demás miembros del equipo. Todo el mundo se fue a casa porque el futuro solo indicaba zozobra y cierre; pero verlas seguras de que era posible y que todo era oportunidad para volver a poner a *uninicio* al servicio de las personas cambió el sentir de todo el equipo. Siempre pienso que las certezas deben ponerse al servicio de la experiencia. Este año queríamos volar, era nuestro año, y para ello hace falta no tener miedo. El miedo nos agarra a seguridades que a día de hoy no existen por más que queramos. Muchas veces la seguridad se compra con dinero y bienestar, pero en circunstancias como las actuales podemos darnos cuenta de que eso solo nos empequeñece y nos hace mezquinos. Este momento nos ha provocado a volver a afirmar sin miedo que las personas son aquello por lo que vale la pena apostar. Es el momento de volver a ponernos al servicio de los demás, porque queremos servir y afirmar a los demás por encima de cualquier idea o pensamiento, para que nadie quede atrás. Es el momento de decir «yo estoy» y asumir cada uno su responsabilidad. Eso hicieron Leticia y Marta y no dejaré nunca de agradecerles que no me dejaran someterme por el miedo.

Carta firmada

«Es el momento de volver a ponernos al servicio de los demás, porque queremos servir y afirmar a los demás por encima de cualquier idea o pensamiento, para que nadie quede atrás»

En el hospital de campaña

Cuando ofrecí mi disponibilidad para colaborar en este nuevo hospital que se estaba construyendo en IFEMA no sabía lo que encontraría. De hecho, cada día que voy es distinto. Si soy sincera, no pensé mucho en las consecuencias. Solo secundé el gran deseo de ayudar en algo tan desbordante. Están siendo días muy intensos llenos de incertidumbre, miedo, desproporción, impotencia, inseguridad, cansancio... Es muy impactante el pabellón en el que trabajo. En un espacio grandísimo se han colocado unas 250 camas. Como dice una doctora que trabaja allí, «un mar de camas que parecen barcas salvando a pacientes, intentando que no naufraguen». Para mí es como entrar en un santuario. Me recuerda al EncuentroMadrid. Un pabellón diáfano que se llena de belleza porque Él está caminando con nosotros. Es una obra de caridad gigante donde es sencillo reconocer a Cristo presente. Seguro que esto no estaba en la mente de los que lo construyeron, pero para mí es esto. Trabajo enfundada en un EPI (equipo de protección individual) que me ponen unos voluntarios de Protección Civil (ellos también se encargan de quitármelo cuando salgo). Es lo más parecido a un astronauta. Solo nos vemos los ojos. Nuestro nombre y profesión está apuntado en la solapa y espalda del EPI. Es difícil trabajar así. No puedes moverte como querrías y la expresión se reduce a la mirada y a los gestos con las manos (enfundadas en cuatro guantes). Pero a pesar de estas dificultades logras encontrarte con los compañeros y con los pacientes. La mayoría de los pacientes que he conocido vienen de estar dos o tres días en las urgencias de algún hospital (sentados en una silla) por lo que esto les ha aliviado mucho. No he presenciado todavía ninguna muerte, pero creo que va a llegar, porque desde mañana cambio a otra zona donde ingresan pacientes más graves. Entro invocando: «*Veni Sancte Spiritus, Veni Per Mariam*» y pido reconocerle y llevarle en mi mirada. Es fácil encontrarse con los compañeros de trabajo. Ayudamos a levantar algo grande juntos y se percibe en el ambiente. Algo que es un bien para todos (no solo para uno mismo) y esto saca lo mejor de cada uno (en atención, disponibilidad, capacidad de sacrificio...). Está siendo un tiempo de Gracia. Como dice el Papa, «este momento de prueba es un momento de elección». No puedo mirar ese pabellón enorme lleno de camas donde están postrados tantos hombres y mujeres sin pensar en la Cruz de Cristo y no puedo ver tanta

disponibilidad y entrega, tanta sonrisa en las caras de los pacientes, que me llaman por mi nombre sin conocerme, que me agarran fuerte de la mano (porque tienen miedo), que se alegran de verme (¡¡los ojos!!) y de escucharme, sin pensar en la Resurrección de Cristo. Él ha vencido, nada se escapa de su abrazo porque está presente y es fácil reconocerle. Hasta los aplausos de los que están en casa me hablan de Él. Es la humanidad que aplaude el darse gratuito de tantos. Es la humanidad que aplaude (sin saberlo) a Quien se ha dado hasta el extremo. Todo es signo de Él.

Puri, Madrid

Iglesia doméstica

Si Cristo está en la realidad, significa que también lo está en este momento tan concreto que estamos viviendo. Un momento que nos interpela, que ha hecho caer nuestras certezas, nuestro eficientismo, nuestras rutinas. Escuelas cerradas, trabajo desde casa, actividad en crisis, sanidad puesta a prueba duramente. Hasta nuestra libertad se ve afectada, en “arresto domiciliario”. ¿Qué tiene que ver Dios con todo esto? En mi experiencia sí tiene que ver, y de qué manera, por el mero hecho de no poder ir a misa ni a catequesis, ni a los encuentros... que ya me hace ver la importancia que tiene en mi vida esta falta. Pero ha generado una unidad mayor en mi familia, rezando juntos o asistiendo a misa por televisión. Esa falta te hace desear más a Dios y tu casa puede convertirse en “iglesia” doméstica. La atención a las indicaciones que se nos han dado también nos está ayudando a entender el significado de la obediencia porque si yo me las salto puedo hacer daño a otro. Impedir el contacto para mí supone un sacrificio enorme, sobre todo no tener gestos de afecto con mi marido, mis amigos, mis seres queridos, dormir separados. Pero me invita a dar ese paso atrás, concretamente ese metro atrás, y contemplarlos como cuando se contempla el Santísimo. Surge así un agradecimiento a Dios, que me los ha dado, y la conciencia de que daría la vida por ellos, que la llenan de significado y cuando los miro no puedo evitar pedir a Dios que los salve, y no solo del virus. Pero sin tocarlos, porque en mi casa el metro de distancia es obligado desde el minuto cero puesto que mi marido padece una enfermedad en su sistema inmunológico y yo soy personal sanitario. En este tiempo de Cuaresma,

ofrezco todo esto a Dios y pido a la Virgen que interceda para que realice el milagro: creo que todo el país debería ponerse de rodillas y rezar, pero al mismo tiempo vivo todo lo que se me da como una ocasión para mi conversión.

Loredana

El sol de Marisa

Trabajo como fisioterapeuta en un hospital de rehabilitación. Pensábamos que todo iba a estar “bajo control”, puesto que no somos de “urgencias”. Pero también a nosotros nos tocó, en cuestión de horas, hacer frente a la emergencia del coronavirus. Recuerdo los ojos de la gerente cuando llegó el primer resultado positivo en las pruebas de un paciente. De repente nos encontramos viviendo situaciones surrealistas: las cifras de contagio no dejaban de crecer, la búsqueda de mascarillas y equipos necesarios, realización de la prueba a todos los pacientes y trabajadores, confusión, miedo, mucha incertidumbre... Todo ello ponía al desnudo la fragilidad de cada uno. La primera noche la pasé en el hospital con dos compañeros con los que llevo años trabajando pero a los que no había tenido la oportunidad de conocer a fondo. Fue la ocasión de ir más allá de las apariencias, de contarnos cómo estábamos, de entender más al otro descubriendo su historia. Este momento de emergencia sanitaria es una ocasión que cambia las relaciones, cambia el modo de trabajar. Nos encuentra disponibles a hacer lo que haga falta: médicos, enfermeros, terapeutas y demás empleados. Todos ayudan a todos. De modo que yo me encuentro lavando y vistiendo a los pacientes, repartiendo desayunos... Una vez superada la primera reacción emocional, cada día entro a trabajar más “atenta”, no solo a las medidas sanitarias sino a todo lo que hay, a los pacientes, a sus preguntas y necesidades. Y así me encuentro con Lina, deseosa de celebrar que cumple 89 años en medio de este periodo de soledad en que se han prohibido las visitas de los familiares. O te das cuenta de momentos de belleza que antes no veías, como me pasó gracias a Marisa, que a sus 85 años vive muy marcada por la enfermedad, casi ausente, por lo que es muy difícil establecer una relación con ella. Al ir a buscarla para llevarla al gimnasio para su terapia me di cuenta de que tenía la mirada puesta en la ventana. «¿Qué estás mirando, Marisa?». «¡El sol!».

Marina, Milán



HUELLAS

Revista internacional de CL
Edición en lengua española - Año XXIV

Directora

Carmen Giussani

Edita

Asociación Cultural Huellas

Colaboradores

M^a Carmen Carrón, Rafael Gerez,
Fernando de Haro, Cristina López Schlichting,
Pablo Luque, Juan Orellana, Alver Metalli,
Juan Miguel Prim, José Luis Restán, Ignacio
de los Reyes Melero, Ignacio Santa María

Maquetación

Imán Comunicación Agencia Hiperactiva, S.L.
Ignacio Zuloaga, 16
28522 Rivas-Vaciamadrid
Tel.: 91 804 50 48 - Móvil: 653 866 522
www.agenciahiperactiva.com

Redacción

Luis de Salazar, 9. Local 4
28002 MADRID
Tel.: +34 91 523 14 04
Fax: +34 91 416 40 92

Suscripciones

Pilar Pérez Herreras
e-mail: huellas.secretaria@clonline.es
Lunes a viernes de 10 a 14

Publicidad

Luis de Haro
e-mail: huellas.publicidad@clonline.es

Impresión

Artes Gráficas Cofas, S.A.

Web: clonline.org

Facebook: ComunionLiberacion

Twitter: @C_y_Liberacion

Precio por ejemplar: 3,80 €

Suscripción anual:

España: 38,00 €
Europa: 60,00 €
Resto del mundo: 65,00 €

Depósito Legal

M-17470-1994

ISSN

1695-5137

Imagen de portada

Manifiesto de Pascua a cargo de Comunion y Liberacion.
El evangelio según San Mateo (1964), dirigida por P.P. Pasolini.
© Photo12/7e Art/Arco Film/Lux Compagnie/Contrasto

© Fraternità di Comunion e Liberazione
para los textos de Luigi Giussani y Julián Carrón

01

Editorial

04

Cartas

09

Primer Plano

10 *Tiempo nuevo*

12 *El miedo y la presencia*

18 *El grito de la "zona roja"*

22 *Jornada en el hospital*

26 *En red, pero sin red*

29 *¿Qué basta para vivir?*

32 *«No saldremos solos»*

36 *En la fuente*

39

Rutas

*La percepción del misterio en la obra
de Clarice Lispector, historias de
las comunidades de CL en Oriente Medio*

49

El libro del mes

54

La foto

56

La historia



primer plano

*Ver dónde se apoya
la esperanza:
es el desafío
que todos tenemos
por delante
ante la emergencia
del coronavirus*



*¿Qué vence
el miedo?*

Tiempo nuevo

Nunca habíamos visto nada igual. Al menos aquí, en Occidente, al menos desde la época de la última guerra. Sin embargo, está pasando. En cuestión de semanas, el coronavirus ha dado un vuelco a nuestras vidas y certezas. En todas partes. Es inútil enumerar cifras que, cuando salga esta revista, se habrán quedado viejas. Es inútil actualizar estadísticas que tenemos ante nuestros ojos hora tras hora y que hablan –por desgracia– de miles de víctimas y enfermos, y de un sufrimiento que durará meses. Pero ya hay un dato seguro: esta incertidumbre latente que marcaba de tantas maneras nuestra vida de antes –como un miedo vago, de fondo, ante un futuro cada vez más difícil de afrontar– se ha convertido de golpe en algo presente y concretísimo. Haciendo aún más esencial la pregunta que afrontábamos hace tiempo y que de algún modo nos ha acompañado también en los últimos números de Huellas: en este momento, ahora, ¿qué nos arranca de la nada?

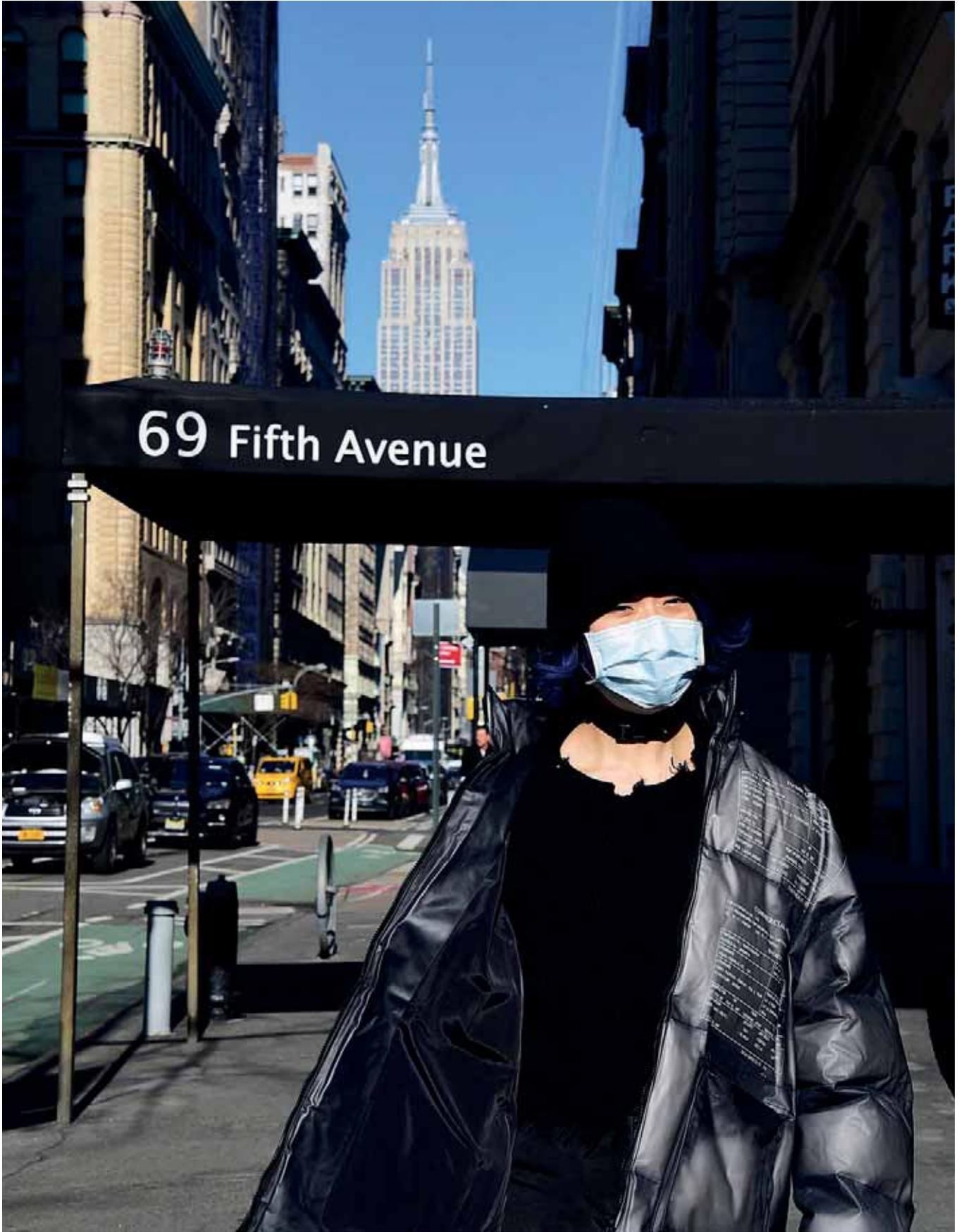
Julián Carrón la ha propuesto en su carta al movimiento de CL, que tenéis como editorial de este número, indicando una brújula para vivir también esta circunstancia como ocasión de crecer, de conocerse uno mismo. Ya la había mencionado con palabras similares en su artículo publicado en elmundo.es el 3 de marzo: «¿qué puede vencer el miedo?». Nos invitaba a mirarnos a nosotros mismos, a la conciencia de nosotros mismos que emerge en una ocasión que ya no deja espacio a palabras, fórmulas, «cosas ya sabidas» pero inútiles para vivir. Y nos solicitaba a buscar «personas» capaces de vencer ese miedo, porque viven y muestran algo más grande: la presencia de Dios hecho carne. Nuestro Primer Plano está dedicado a esta urgencia tan potente. A tratar de entender mejor lo que está saliendo a la luz de nosotros mismos (como sucede con la entrevista a Antonio Polito). Y a mirar a nuestro alrededor para «interceptar esas personas», grandes y pequeñas. En medio de la tempestad, en la primera “zona roja” de Italia –que lleva más tiempo viviendo la crisis– o por los pasillos del hospital Sacco de Milán. En la vida cotidiana de una joven profesora que reorganiza su jornada, su trabajo, sus relaciones, redescubriendo su corazón, o en la de un universitario obligado a decidir «qué basta para vivir». Con el enorme esfuerzo de quien tiene una empresa y sufre ya un peso que en los próximos meses, previsiblemente, se hará aún más duro. Llegando hasta Uganda, con Rose Busingye y sus amigos, que siempre se han enfrentado a la enfermedad y a la muerte, pero ahora están descubriendo algo más. Algo que sirve para la vida de todos. (dp) ■





Milán, la Galería desierta.





El miedo y la presencia

La fragilidad y los sueños del tecnicismo, la necesidad del otro y la ausencia de autoridad. La emergencia del coronavirus pone en crisis a una civilización occidental «cada vez más indiferente a la idea misma de Jesús». Y nos deja ante una encrucijada...
Hablamos con Antonio Polito, columnista del *Corriere della Sera*



Davide Perillo

«**E**s una imagen fuerte. Y muy eficaz, porque habla de la experiencia de cada uno de nosotros». Cuando Antonio Polito, 64 años, columnista del *Corriere della Sera*, leyó el artículo de Julián Carrón publicado en su periódico el pasado 1 de marzo (y en *elmundo.es* el día 3), se quedó impactado por ese párrafo tan sencillo y potente a la vez: «¿Qué vence el miedo en un niño? La presencia de su madre».

Puede parecer extraño ver en ese ejemplo una respuesta al drama que en pocos días ha trastornado el mundo y nuestras vidas. Sin embargo, es un punto crucial. El coronavirus nos ha llevado de golpe a la crisis más grave de las últimas décadas. Ha sacado a la luz nuestro «miedo profundo, el que nos paraliza en el fondo de nuestro ser», escribe Carrón, algo a lo que solo puede responder «una presencia», pero no «cualquier presencia. Por este motivo Dios se ha hecho hombre», ha entrado en la historia. Y por eso hoy es vital interceptar a sus testigos, es decir, «personas en las que se ve en acto una experiencia de victoria sobre el miedo». La clave, en definitiva, es justamente esa, más poderosa que miles de análisis: una experiencia. Madre e hijo. Polito lo señala así: «Veo la necesidad de tener confianza en algo más grande que nosotros mismos, que nos ama infinitamente y por tanto nos protege. Exactamente igual que hacíamos de niños. Cuando lo leí, me vino a la mente la Virgen de la Misericordia de tantos cuadros, ¿te das cuenta? Abre su manto y resguarda a su pueblo».

Él también lleva días recluido en casa, como (casi) todos. «Es una forma de aislamiento social, pero también de acercamiento familiar», observa con una sonrisa. «Por primera vez, después de años, estamos siempre juntos...».



Nueva York, Estados Unidos.

Antonio Polito, columnista
del *Corriere della Sera*.



© Archivo Centro Cultural de Milán

Allí, desde el salón de casa, con jornadas repletas de descubrimientos inesperados («¿alguna vez has probado *Google Classroom*? Es un trabajo de locos») y conversaciones con sus hijos («ellos también están haciendo un esfuerzo excepcional para permanecer blindados, pero comprenden el motivo»), observa a Italia –y al resto del mundo– que se enfrenta a uno de esos acontecimientos capaces de hacer que salgan a la luz infinidad de cosas.

¿Qué nos puede liberar de este miedo?

Es una de las lecciones más importantes que podemos aprender. Es urgente, porque esto del coronavirus es algo muy profundo. Está poniendo en crisis al menos cuatro grandes mitos actuales, de una civilización occidental que se ha ido haciendo cada vez más indiferente a la idea misma de Jesús. Y lo digo, en cierto modo, como laico.

¿Cuáles son esos mitos?

El primero, si quieres, es el de la diosa Gea. La Tierra, la naturaleza. Para algunos se ha convertido casi en un ídolo. Como si fuera una divinidad en sí misma, de la que derivan muchas ideologías: los hiperambientalistas más retrógrados, los que dicen que somos demasiados,

que sería mejor que el ser humano se extinguiera, que la Tierra tiene más derechos que nosotros... No hablo del ambientalismo sano, entiéndeme. La naturaleza es importantísima y defenderla es decisivo. Pero por sus propias leyes, la vida combate en todas partes para afirmarse, también ante un virus. Y esto hay que afrontarlo de manera razonable. La naturaleza no es Dios, es parte de la creación. Lo mismo vale para otro mito, igual y contrario, el de la Ciencia.

También indispensable, pero limitada...

Así es. La modernidad vive de la idea de que cualquier problema que surja o cualquier emergencia que se nos ponga por delante, la ciencia y la técnica serán capaces de superarlo. Encontramos el remedio y fuera, problema resuelto. Pero no es así. Contra un virus nuevo, como este, no hay medicina. Tenemos que empezar de cero, con paciencia. Buscando una vacuna que tal vez pueda frenarlo dentro de un año, pero quién sabe qué pasará mientras tanto. Es una prueba de que la tecnología no lo puede todo. La ciencia es fundamental, pero no es omnipotente. Puede parecer obvio, pero es una lección importante para los adoradores de la diosa Téknē.

¿Y los otros mitos desacreditados?

En cierto sentido, van juntos. Uno es el dios Ego, el individualismo. Lo que está pasando nos dice que en una situación de emergencia solo ciertos comportamientos colectivos pueden dar resultado. Los intentos egoístas, contruidos solo en torno al interés individual, son tan ineficaces que incluso pueden causar más daños. Si huyo de la “zona roja” para irme al sur o quedo con mis amigos en el bar porque, «total, solo enferman los ancianos», me convierto en parte del problema... La vieja ley de fondos de mercado – buscar el propio interés crea por sí mismo bienestar para todos– no se mantiene en pie. Hay ámbitos de la vida donde no es así, y son ámbitos decisivos. Pero unido a esta cuestión, si quieres, está también el cuarto ídolo, muy italiano, el Caos. Estamos convencidos de que, en general, las cosas funcionan mejor cuando no se siguen las reglas. Bueno, pues no es verdad.

Tal vez haya también otro factor que se vea desplazado, relacionado con el Ego, y es lo que algunos llaman el «derecho a tener derecho». Lo formulabas así en uno de tus artículos: «Desde hace mucho tiempo hemos aprendido a vivir solo de derechos. Ha llegado la hora de los deberes».

En el fondo, ¿de dónde nace la idolatría del Ego? Del bienestar colectivo. Es típico en una sociedad opulenta, segura de sí misma, que cree haber resuelto gran parte de sus problemas primarios y por tanto puede dedicarse al cultivo de derechos vie-

jos y nuevos. Desde los años sesenta en adelante, nacen continuamente: a la privacidad, a la elección de género, a la autodeterminación... Ahora esta emergencia nos pone delante la necesidad de los deberes. Nos llama a una responsabilidad, en definitiva.

Carrón observa que en una circunstancia así «sale a la luz el camino de maduración que –cada uno personalmente y todos juntos– hemos hecho», emerge «la conciencia de nosotros mismos que hemos alcanzado». ¿Tú qué ves aflorar?

Un rasgo importante: el sentimiento de vulnerabilidad. Darse cuenta es decisivo. En el mundo de nuestros padres o abuelos, donde se moría a los treinta años, una epidemia como esta era casi algo normal. Hoy no, en nuestra época la precariedad es algo que tendemos a censurar. Más aún, hay incluso una búsqueda declarada de la inmortalidad. Mientras estamos combatiendo contra el virus, en el lugar más avanzado del mundo, la California de Silicon Valley, hay propietarios de *Big Tech* que invierten miles de millones en biotecnología o en la integración entre el hombre y la máquina. Tenemos ya cientos de cuerpos hibernando, esperando a

«La sociedad contemporánea se considera la que puede alcanzar la liberación del hombre respecto de la muerte. En una sociedad que vive una hybris tan potente que le hace sentir orgullosa de sí misma, invulnerable, el descubrimiento de esta fragilidad resulta aún más sobrecogedor. Es un trauma terrible. Pero puede ser útil»

que la ciencia encuentre la manera de devolverlos a la vida... El sueño de la inmortalidad es muy potente en la sociedad contemporánea, que se considera la última civilización, la definitiva, la que puede alcanzar la liberación del hombre respecto de la muerte. En una sociedad que vive una *hybris* tan potente que le hace sentir orgullosa de sí misma, invulnerable, el descubrimiento de esta fragilidad resulta aún más sobrecogedor. Es un trauma terrible. Pero puede ser útil.

Ante esta situación, ¿qué quiere decir el reclamo a buscar testigos de

un Dios que «se ha hecho hombre, se ha convertido en una presencia histórica, carnal»?

No lo sé. Pero una de las razones por las que el cristianismo se difundió tanto en el mundo fue precisamente la perspectiva de derrotar a la muerte. Y lo hace además con el sacrificio de Dios. Es la única religión del mundo en la que Dios se encarna y pasa por su propia muerte para decirle al hombre: todos podéis resucitar. Hay historiadores que han afirmado que entre los motivos del éxito –digámoslo así– de la fe está el hecho de que en las epidemias los cristianos se comportaban de una

manera distinta. Los demás huían, ellos cuidaban a los enfermos. Incluso a costa de su vida. Así se ganaron la admiración de todos. «¿Pero por qué actúan así? Se ve que el Omnipotente les protege...».

¿Hoy también es así?

La única manera de combatir la muerte es la esperanza de la resurrección. Y se identifica con la figura de Jesús. Es una respuesta que en las últimas décadas, por desgracia, se ha visto desgastada por la secularización, ha perdido su fuerza. No me refiero solo a la reducción del número de cristianos, sino a la misma fe que los propios cristianos tienen en la resurrección. El cristianismo se ha reducido a una serie de preceptos y valores, compartidos también en parte por la sociedad laica, pero se ha perdido completamente su alcance. Sin embargo, la propuesta de la resurrección es la única manera de combatir a la muerte en su raíz. En realidad, no solo el miedo a la muerte, también la conciencia cotidiana de nuestra finitud.

Es decir, la incertidumbre existencial, lo que Garrón llama «incapacidad para afrontar la vida que tenemos entre manos»...

Exacto. La cuestión es que somos los únicos seres vivos capaces de imaginarse, e imaginar el mundo, después de nuestra muerte, después de nosotros. Y eso nos hace estructuralmente precarios. Vivimos desde que nacemos con nostalgia del infinito. El único remedio que ha surgido en la

*«Para combatir algo así,
no nos bastamos solos. No solo
porque sentimos la necesidad
de estar juntos, sino precisamente
porque somos una comunidad.
Necesitamos solidaridad.
Más que dependencia, en sentido
laico, diría “interdependencia”.
En términos cristianos, es
el rescate de la misericordia»*

© Fatemeh Bahrami/Anadolu Agency/Getty Images



Teherán, Irán.

tradición occidental es la fe en Cristo. Entendido justamente como el Resucitado, como Dios que, como hombre, murió y resucitó. Por eso se habla de «gracia».

Pero entonces, ¿esta situación no se convierte en una oportunidad para descubrir que, en el fondo, dependemos? De los demás y tal vez de Otro...

Bueno, junto a la crisis de invulnerabilidad también está esto: la conciencia, más que de la dependencia, de la completitud. Para combatir algo así, no nos bastamos solos. No solo porque sentimos la necesidad de estar juntos, sino precisamente porque somos una comunidad. Necesitamos solidaridad, que nuestro vecino haga algo positivo. Más que dependencia, en sentido laico, diría «interdependencia». Ante una cosa tan gorda, los demás son necesarios. En términos cristianos, si lo piensas, es el rescate de la misericordia.

Carrón habla de este momento como «una ocasión que no debemos dejar pasar»...

Sí, y lo entiendo, aunque yo no sé si lo diría así. Nadie es feliz por encontrarse una ocasión como esta, es como si percibiera una sensación de castigo en lo que está pasando. Pero seguramente es una experiencia. Algo que tres o cuatro generaciones de ciudadanos europeos nunca habíamos vivido. Un peligro como este, tan extendido, que en pocos días nos ha llevado casi a una situación de economía de guerra, no lo conocíamos. Es una experiencia colectiva excepcional, impensable en circunstancias normales. Y seguro que nos lleva a reflexionar sobre la condición humana.

¿Cómo crees que podremos salir de esto?

No lo sé. Por un lado veo señales negativas. Las revueltas en las cárceles, por ejemplo, es algo que me ha impactado mucho. No solo porque nos hemos olvidado de los presos, como de costumbre, sino porque añade otro rasgo a algo que tiene mucho de relato apocalíptico. Y luego está la sensación de que ya no hay una autoridad real, figuras capaces de hablar a su país y ser escuchadas. Existe un cierto riesgo de anarquía. Por otro lado, veo también gestos de gran solidaridad, de apertura, a veces de heroísmo. Queda una dimensión comunitaria fuerte. Resumiendo, estamos en la encrucijada entre la batalla del Piave y el armisticio del 8 de septiembre: o se acusa el golpe, nos recomponemos y volvemos a empezar, o corremos el riesgo de la dispersión... Espero que sea la primera hipótesis, pero depende de todos nosotros. ■



El grito de la “zona roja”

Algunas voces de los primeros lugares donde empezó el contagio en Italia.

El grito de quien ve venir al miedo y detrás la muerte: en la familia, en el hospital, en el trabajo.

Un chico que pregunta: «¿sabe decirme por qué debo vivir?». Y ese “sí” delante de la realidad

Codogno, una de las diez localidades, con Lodi y Piacenza, donde se decretó, el 21 de febrero, la “zona roja”, la primera cuarentena.

«**N**unca había visto una Escuela de comunidad así». Tan intensa, verdadera, carnal. Tan dramáticamente hermosa. Lo dicen ellos mismos, los del primer foco del coronavirus, los de CL de Codogno, Castiglione d’Adda, Casalpusterleno y alrededores, la primera “zona roja” donde estalló el contagio ya avanzado el mes de febrero.

El encuentro, obviamente, fue por Skype. En pocas semanas cambió el mundo. A la familiaridad con el miedo, que ya era un buen golpe, se sumó potentemente la familiaridad con la muerte. Así, día tras día, «las palabras del anuncio cristiano a las que la guía del movimiento siempre nos reclama y que nos repetimos a menudo se fueron despojando de todo residuo de sentimentalismo y abstracción. Ahora es más evidente que esas palabras inciden en la carne y explican la vida. Las decimos, pero ahora es imposible pronunciarlas a la ligera. Ahora no leemos, devora-

mos el artículo de Julián Carrón y su carta (*ver el editorial, ndr.*)». Lo dice Eugenio, de sesenta y pico años, experto en informática. Él guiaba esas asambleas virtuales de la ya famosa Bassa Lodigiana. E insiste: «La primera partida que debemos jugar consiste en responder a la realidad. Carrón nos ha dicho que esta es una ocasión que no debemos dejar pasar. Muchos amigos nos documentan que es así». Desde mediados de marzo, los contagios empezaron a disminuir en esta zona. Pero entre tanto las sirenas de las ambulancias laceraban el alma y el ambiente, con familias de luto, seres queridos en cuidados intensivos o aislados en casa. Durante mucho tiempo.

En la asamblea de la Escuela de comunidad intervino Fulvia, funcionaria de sanidad en Lodi. Contó cómo estaba viviendo el drama de la epidemia minuto a minuto a través de los datos que recogía. Habló del colapso en los hospitales, de las horas y días esperando una cama para los pacientes contagiados, la reestructuración de las plantas normales en unidades de cuidados intensivos; las decenas de médicos y enfermeros que iban cayendo enfermos, muchos de ellos de gravedad. Y los muertos, muchos, todos los días. «Ninguno de nosotros estaba acostumbrado a ver morir así. ¿Miedo? ¡Vaya si lo tenemos! E impotencia. Enfermos que parece que mejoran y de repente recaen y nos dejan. Médicos y enfermeros, nuestros defensores y protectores, que tam-

bién se ven sacudidos y doblegados por el mal. La idea de que la ciencia médica sabrá mantener la situación bajo control, al menos al 98%, se iba haciendo pedazos. Pacientes aislados que mueren solos, sin el afecto de sus familiares ni el confort de los sacramentos». Pero en medio de todo eso, ¡lo que son las cosas! «Estoy viviendo una Cuaresma que no tiene comparación, como conciencia y corazón. El dolor de Cristo lo veo y me toca. Trabajo mucho, más que antes, pero saco tiempo para la oración, para seguir lo que nos propone el movimiento. Lo que me está pasando me desvela a mí misma, me hace reconocer lo que corresponde a mi corazón. Lo que ha pasado –y no estoy loca– es un milagro».

Por Skype y vías similares pasan también las clases escolares. Benny es una joven educadora. Sus alumnos, de 15 a 18 años, la siguen en buen número y con una atención inédita. Uno de los mayores, en un momento dado, se conectó y entró a degüello sin venir a cuento: «Llevo quince días sin lavarme ni vestirme. ¿Sabe usted decirme qué motivo tendría para hacerlo? ¿Sabe decirme para qué debo vivir?». «Pedía el sentido de la vida, sin medias tintas», cuenta Benny. «Entonces me vino a la cabeza un amigo de cuando yo tenía 16 años y él 26, muy guapo, y se hizo cura. Le pregunté por qué renunciaba a tener mujer y familia, y me respondió: “mira, yo soy como una florecilla en la montaña. Puede que nadie me vea ni me pueda agarrar, pero es hermoso que exista,



Maurizio Vitali

Nació en 1951, periodista, dirigió esta revista (*CL-Litterae Communionis*) de 1977 a 1989, cuando pasó al diario *Il Giorno*. De 1998 a 2013 fue director de *Lombardia Notizie*, agencia de prensa diaria de la región de Lombardía.



Londres, Gran Bretaña.

que Dios me haya querido”. Entonces le dije a mi alumno que él también era así, como una florecilla en la montaña. Unos días más tarde, aseado y vestido, volvió a conectarse. “Hoy soy una florecilla en la montaña perfumada, solo por usted”. Desear a Cristo da oxígeno y nos reanima».

Luego intervino Betty, una mujer que padece asma, lo que en estos tiempos no ayuda. «Nos miramos de manera más humana. Con los amigos, también con el obispo, verdaderamente existe una compañía guiada al Destino. Se han vuelto locos hasta encontrar una mascarilla adecuada para mí, debido a mi trastorno... y lo han conseguido. Modelo FFP3, el top». La verdad es que habría para escribir un libro, pero de momento citemos a Francesco, angustiado por tener que quedarse en casa y «no poder jugar mi partida. Es como si me retirara, no me parece justo». Eugenio le contestó: «Mira que tu partida puede ser precisamente el hecho de permanecer en casa». La partida de la privación es la que define también a Carlo, 64 años, informático jubilado hace un año. Estuvo cinco días ingresado por un problema cardíaco. Además su hija, enfermera, no se encontraba bien y no estaba de servicio. «Nunca habría imaginado sentir la privación como la he sentido. Sobre todo la falta de la Eucaristía. Como el Sábado Santo, con Jesús en el sepulcro. Solo que eso es un día, esto no sabemos cuándo acabará... Es como una Cuaresma vivida radicalmente».

La partida de Marco, 54 años, titular de la cooperativa social “La oficina” de Codogno, se juega con chavales autistas. De un día para otro se encontraron con que no podían trabajar, ni siquiera entrar en la sede. Confiesa que «las seguridades de mi vida cotidiana han saltado por los aires. No sé cuál será el destino de la cooperativa. Pero ciertas seguridades se han fortalecido. Ahora se amplifica la pregunta de dónde se apoya nuestra consistencia. Y sé que no estoy solo. Tengo amigos que nunca han dejado de hacerme sentir la compañía de Uno que nunca me abandona».

Cuando estalló el virus, Eugenio estaba en casa, convaleciente por una operación, fue unos días antes de volver al trabajo. A la pregunta «¿con qué ánimo estás viviendo esta situación?», respondió con las palabras del WhatsApp que acababa de enviar a su obispo (*monseñor Maurizio Malvestiti, obispo de Lodi, ndr.*): «La situación, como sabe, no es fácil, pero quiero estar pegado a la Realidad, con la certeza de que con el tiempo podré sorprender el porqué del paso que el Misterio bueno me está pidiendo». ¿Y la respuesta? «Mantén la Eucaristía diaria. *In silentio et spe...* al paso del Misterio».

«*Sine dominico non possumus*». No podemos vivir sin celebrar el día del Señor. Era el mensaje enviado por el párroco de Caselle Landi, don Edmondo Massari, para invitar a los fieles a seguir la misa dominical por *streaming*. La cita era la frase de uno de los 49 mártires de Argelia, enviados a morir por haber celebrado la Eucaristía al margen de la ley de Diocleciano. Don Edmondo, 45 años, vivió el estallido del virus, al principio, «casi como una pesadilla, con dolor y preocupación». El paciente uno, Mattia, era amigo suyo. «La misa por *streaming*, como hacemos varios sacerdotes, ha sido una experiencia positiva, dentro del dolor de no poder celebrar con el pueblo. Le pedí, por ejemplo, a hijos o nietos de personas ancianas enfermas que les ayudaran a conectarse. De este modo, jóvenes que no solían ir a misa la han empezado a seguir con sus mayores». ¿Qué se puede aprender de esta

experiencia? «Tenemos miedo, pero sobre todo tenemos miedo a tener miedo, es decir, a mostrarnos y reconocernos tal como somos, frágiles, criaturas dependientes de Otro. El riesgo, en vez de tomar conciencia de esto, es transmitir ese miedo como distancia del otro, mirarlo con sospecha. Por eso debemos confiar nos al buen Dios, que no nos está castigando sino que nos desafía a buscar lo Esencial».

Paola, de Lodi, encuentra lo Esencial de muchas maneras. «Al principio estábamos fuera de la “zona roja” pero teníamos muchos amigos dentro y temíamos por ellos. Ahora nos ha tocado de manera directa. Siento cien veces más intensamente la enorme necesidad de “Alguien que nos libre del mal”, como dice una canción de Claudio Chieffo, que venza mi incertidumbre. Y veo que este Alguien está. Lo veo presente en el testimonio de mis amigos. Amigos de verdad, no compañeros superficiales. Como Roberta, en primera línea, un continuo reclamo para volver a centrarme en Cristo. Como una amiga que tiene a su marido muy grave en Pavía y me contaba que estaba desolada pero serena, segura de que hay un Destino bueno. La conozco bien y no es una visionaria».

¿Qué resiste el embate de la realidad? Sigue contando Eugenio: «El año pasado, después de los Ejercicios espirituales, uno me decía que no entendía bien qué quería decir eso del “embate”. Pues bueno, creo que ahora no hacen falta muchas explicaciones. La pregunta brota del corazón, que grita la necesidad de Alguien presente».

El grito, el embate. «No hay que tener miedo a pedir lo que el corazón desea. Pedir la fuerza necesaria para decir “sí” a lo que la realidad te pide. Gritarlo». Roberta se lo oyó decir a un amigo de don Cesare, «alguien que me ayuda a levantar la mirada». Los sacerdotes normalmente no utilizan la palabra «grito». Suena fuerte, no es habitual en las homilías, pero Roberta no necesita escuchar homilías sino resistir el violento embate de su realidad. Es médico en el hospital de Lodi, gastroenteróloga trasladada ahora a reanimación. Los primeros días hacía turnos de doce horas, luego se redujeron un poco porque muchos no podían. Todas las mañanas, veinte minutos de carrera antes de vestirse, que lleva un rato: traje, mascarilla, gorro, calzas, gafas,

«A mis hijos les he explicado la situación. Entro en casa y voy directa al baño, evito el contacto y como en la habitación.

“Echo de menos tus brazos”, me ha dicho uno de ellos.

Pero ahora estamos en los brazos de Dios. Desde que empezó la emergencia mi jornada ha sido un continuo “sí”»

guantes... Y desvestirse al acabar el turno. Pero eso no es nada. Hay compañeros médicos y enfermeros que ya no están con ella porque se han contagiado, algunos están graves. Los que quedan no dan abasto. Mientras reanimas a uno, otro muere a pocos metros. Y luego llegar a casa, con cuatro hijos que atender, padres ancianos... «Lo que estoy viviendo es un shock personal. Me enfrento a la muerte todos los días, a decisiones terribles, con cansancio y dolor. Hoy hemos tenido nuestra primera alta, pero muchos mueren solos, sin familia ni sacerdote. Solo estoy yo. Les hago la señal de la cruz y rezo una oración ante ellos, como me sugirió don Cesare». Roberta llora mucho. «Para mis adentros. Hasta mi fe se ha puesto a prueba. Soy una mujer limitada, no una heroína. Pienso en Jesús en Getsemaní. Mi grito es a Dios, pero saber que alguien reza por ti te da energía para recuperarte. He pedido los santos óleos». ¿Y con la familia? «A mis hijos les he explicado la situación. Entro en casa y voy directa al baño, evito el contacto y como en la habitación. “Echo de menos tus brazos”, me ha dicho uno de ellos. Pero ahora estamos en los brazos de Dios. Así es. Desde que empezó la emergencia mi jornada ha sido un continuo “sí”». A lo largo de su vida, dice, «he atravesado circunstancias dolorosas, pero esta agudiza todo lo demás, todas mis preguntas. ¿De quién soy yo? ¿Y Tú, qué quieres de mí? Estoy redescubriendo hasta mi vocación médica. ¿Qué tipo de tarea me estás pidiendo desempeñar? Y digo “sí”, aunque solo sea por esto». ■

Jornada en el hospital



Paola Bergamini

Vivir la espera y la esperanza trabajando en una planta de hospital. Problemas, relación con los pacientes, cientos de llamadas, oración... El relato de Amedeo Capetti, médico de enfermedades infecciosas en un hospital en primera línea desde el inicio de la epidemia

22



V iernes 21 de febrero. Amedeo Capetti, médico especialista en enfermedades infecciosas en el hospital Sacco de Milán, tras terminar los exámenes de Fisiología en el curso de grado de Enfermería donde da clase, enciende su teléfono y se encuentra con infinidad de mensajes alarmados y preguntas: «¿qué está pasando?», «¿qué hacemos?». Entra en la web de la Región de Lombardía y ve que los números dicen que la epidemia está en marcha. Inmediatamente trasladan a su hospital a los primeros enfermos de las localidades de Codogno y Lodi. Es el inicio de una emergencia que pondrá al hospital milanés en primera línea. Se abren nuevas plantas de cuidados intensivos y nuevos espacios para acoger a los pacientes.

Capetti es responsable de la zona dedicada a enfermedades de transmisión sexual, sigue de cerca a seiscientos pacientes con VIH positivo. Aun manteniendo en los límites de lo posible esta actividad, se halla inmerso en la emergencia, con turnos de guardia en urgencias y en planta. Tuvo que responder varias llamadas para relatar lo que estaba viviendo. La primera, durante una pausa en el bar del hospital, empezó así: «Desde siempre, cuando un enfermo me dice: “doctor, la salud lo es todo”,

yo le respondo: “Mire, es una batalla perdida. Antes o después uno se muere. La salud es un instrumento para que la vida pueda encontrarse con Aquel que nos la ha donado, que nos ha querido, y alcanzar así su belleza y grandeza”. Para mí ahora esto es aún más cierto. Es cierto lo que nos ha enseñado don Giussani y citaba Carrón en su artículo en *el-mundo.es*, que resulta una gran compañía: la conciencia que uno tiene de sí mismo, es decir, de la relación con el infinito que te hace estar atento a lo real en todos sus detalles. Entonces comprendes la importancia del ladrillito que estás poniendo».

El primer domingo en la planta había que dar de alta o trasladar a todos los pacientes que no tuvieran el Covid 19, para dejar sitio a la marea de los que llegaban. El último que quedaba era un anciano que entró por una posible pulmonía, pero en cambio todo indicaba que pudiera tener un tumor. La indicación era mandarlo a casa en cuanto llegara su mujer. Cuando ella fue a recogerlo, Amedeo le explicó la situación y le ofreció apoyo en la atención a domicilio. La mujer, al final, le confesó: «Espero que salga, porque es un hombre realmente bueno. Yo soy mucho más joven pero cuando le conocí me di cuenta de que era



Amedeo Capetti, especialista en enfermedades infecciosas, trabaja en el hospital Sacco de Milán.



24

especial. Me enamoré y le he querido todos estos años». Esa noche, Amedeo decía a sus amigos del grupo de Fraternidad: «Si solo hubiera tenido prisa por que se fuera, me habría perdido este encuentro, tan lleno de belleza».

Pocos días después, una amiga enfermera daba positivo en la prueba del virus e ingresaba en el Sacco. La familia estaba en cuarentena y la esposa de Amedeo le dice: «vamos a llamarlos por si necesitan que les hagamos la compra». En la planta, él va a visitarla pero no se puede permanecer en la habitación si no es por razones médicas, así que cada mañana le deja unos brioches con una nota. Un gesto que va ampliando a otros pacientes, «personas que me indican mis amigos. En cuanto puedo voy o hablo con ellos por teléfono. Los que están muy mal necesitan sobre todo asistencia, pero los que no están en una situación tan grave o viven en cuarentena se sienten prácticamente encarcelados y el miedo les domina. A veces basta con una llamada de teléfono».

El miedo es la palabra que más resuena en las muchas llamadas, hasta 150, que recibe a diario. Muchas son de sus enfermos de VIH. Le preguntan cómo está y solo quieren charlar un poco. A menudo se ve obligado a decir «luego te llamo», porque le falta tiempo. «Yo combato

al miedo diciendo que hay que respetar las medidas de prudencia que se nos han indicado, pero nunca hay que perder la pregunta sobre el significado de la vida, no hay que replegarse en uno mismo ni perder los vínculos de amistad, ni dejar de mirar a quien lo necesita. Es verdad que esto era más fácil antes de que la situación obligara a cerrarlo todo y quedarse en casa, pero no falta creatividad. Una situación límite puede desencadenar la fantasía. Los enfermos sienten la necesidad de comunicarme su miedo porque saben que los quiero. Siempre ha sido así, ya antes del coronavirus. Pero esto no sería posible si no fuera por la riqueza de la historia que he encontrado. Me levanto por la mañana y doy gracias por el milagro que será la jornada. La espera de que, dentro de las circunstancias, la belleza y la esperanza se abran paso de manera que yo lo vea. Y sucede todos los días».

Como con la camarera de la universidad. Un día, un amigo ingresado le dijo que tenía ganas de lasaña. Amedeo fue al bar de la universidad, donde cocinan platos calientes. Solo había espaguetis con mejillones. Se los llevó pero al pagar la camarera le dijo: «A esto invito yo. Es lo mínimo que puedo hacer». Horas más tarde, él volvió con un ramo de flores. Ella, asombrada: «pero no tenía que hacer esto». Él respondió: «Esto se llama gratitud. Es

lo mismo que le ha movido antes a usted, y es lo más hermoso».

Algunos pacientes, cuando las condiciones lo permiten y pueden quedarse solos, son enviados a casa a pasar una cuarentena domiciliaria, a la espera del resultado de las pruebas. Durante el fin de semana, Amedeo ha asumido la tarea de llamar para comunicar el resultado. «Desde la primera visita, en cuestión de minutos te pones en juego en la relación con ellos. Nace una familiaridad inesperada, que continúa». Un día, Capetti llamó a la madre de un chaval. La prueba había dado positivo y tenía que volver al hospital. Amedeo le ofreció toda su disponibilidad para seguir atendiendo a su hijo y le pidió eso mismo al especialista que le acompañaba durante aquella guardia. «En cuanto llegue, iré a saludarle», le contestó este inmediatamente. «Antes de aquel turno no nos conocíamos». Ese chaval se ha convertido en uno de esos pacientes a los que lleva un brioche matutino. Por la mañana, nada más llegar al hospital, Amedeo transcribe los nombres de sus pacientes de VIH a los que tienen que prescribir su tratamiento, con su teléfono hace una foto al listado y se lo envía a su mujer, que los llama para decirles dónde tienen que ir a por sus medicinas, porque el ambulatorio del Sacco está cerrado. Una mañana, a las cinco y media, ella ya estaba en pie para desayunar juntos y a media jornada le envió un fragmento de la Escuela de comunidad. «Se me ensanchó el corazón. Era una caricia de Dios. Como dice Carrón, “personas en las que se documenta la victoria de Dios, su

presencia real y contemporánea”. Como los rostros de mis amigos, que están en el fondo de mi mirada, de los que hago memoria todos los días. Luego están las *suorine* de Martinengo, con las que me puse en contacto desde el principio para saber cómo afrontaban ellas esta situación con los niños que van a su Centro diurno. Su alegría y capacidad de construir son el signo potente de la presencia de Jesús. Es algo que no se pueden dar ellas mismas».

Con el tráfico reducido a cero, el viaje para llegar al hospital dura justo lo que tarda en rezar los laudes, mientras por su corazón desfilan su familia, los enfermos y los necesitados. «Empiezas la jornada con una conciencia distinta. En este tiempo, la oración está hecha de gratitud y curiosidad». ¿En qué sentido? «Es como ver la sombra de una persona y preguntarte: ¿cómo será? Es el estupor de encontrarme cada mañana con esa sombra pidiendo que se haga presente, que se desvele. Hasta llegar a decir: ¿quién eres Tú, que estás llenando mi vida de esta manera? Es el grito del que habla Carrón», cuando «la circunstancia te desafía tanto que necesitas gritar para poder estar delante de ella». ■

«Yo combato al miedo diciendo que hay que respetar las medidas de prudencia que se nos han indicado, pero nunca hay que perder la pregunta sobre el significado de la vida, no hay que replegarse en uno mismo ni perder los vínculos de amistad, ni dejar de mirar a quien lo necesita. No falta creatividad. Una situación límite puede desencadenar la fantasía»

En red, pero sin red

La escuela cierra de pronto y todo se pone patas arriba. Cambia la perspectiva y empiezan las clases en video. La cuestión no es “mantener” a los chavales, sino «su libertad para estar ahí»... El testimonio de una joven profesora



Paolo Perego

26

«**J**usto ahora que había encontrado un equilibrio perfecto, que las cosas funcionaban bien en todas las clases, que se cumplía la programación, que los chavales hacían la tarea y empezaban a preguntar en clase». Había logrado un buen ambiente con los alumnos, interesados, atentos, con los que se le hacía apasionante dialogar sobre cualquier cosa, sin medias tintas, y ahora «escuelas cerradas», cuenta Marta Maj, una profesora de Milán de 35 años, con una cátedra de literatura en tres clases (dos de segundo y una de quinto) en un instituto técnico de la ciudad.

Lleva unos días dando clase en video y nos cuenta cómo está viviendo, desde su pequeño recinto, esta pandemia. «Ha sido una locura. Yo soy muy activa y vivo con personas que ahora están en primera línea por su trabajo. ¿Y yo? ¿Cómo iba a quedar-

me en casa mano sobre mano? ¿Qué podía hacer por mis alumnos?».

El 21 de febrero fueron sus últimas horas en clase. Acababa de estallar la burbuja en Codogno. «Profe, ¿usted no tiene miedo?», le preguntó un alumno de segundo. Y empezó el debate. «Disfrutemos del instante», dijo otro, citando a un rapero. «Es una posibilidad...», contestó Marta. «Si la vida no está en nuestras manos, como estamos diciendo, podemos pasar un buen rato ahora o dejarnos llevar por el pánico, ¿pero estamos seguros de que no hay otra alternativa? Si no está en nuestra mano, ¿qué es la vida?». La pregunta queda abierta.

«Luego llegó el cierre de las escuelas». Marta leyó un artículo en la prensa que le pareció interesante, planteaba las mismas preguntas que habían surgido en clase. «Pensé en enviárselo a algunos, preguntándoles si lo que estábamos viviendo podía ser una



ocasión o si estábamos condenados al aburrimiento o al miedo». Algunos le dieron las gracias. «Pasada la semana de carnaval, se hacía duro continuar. Pero pronto llegaron las primeras sorpresas». Un claustro docente increíble, con 180 personas conectadas. «Fue precioso. Normalmente se discute, se pelea, se tira de sindicato y de quejas por las instituciones... En cambio esta vez todos buscaban soluciones, algunas un tanto gruesas, rozando el límite de lo reglamentario. Hubo quien proponía ponerse en contacto con los alumnos por redes sociales, por ejemplo. Pero había un intento común».



El martes, otra sorpresa. «La primera video-clase. Contacté con ellos por correo electrónico, preguntándome si leerían el mensaje. Empecé con los mayores de quinto, un buen grupo. Quedamos a las diez. Estaban todos. Lo mismo con los dos segundos. Llegué a conmovirme cuando uno de los que tienen más dificultades, al no encontrar los materiales que se tenía que descargar para algunas asignaturas, me escribió porque le preocupaba no poder hacer los deberes».

Allí estaban, todos conectados. «Una experiencia nueva para todos». Unos lo tenían todo listo, preparados con su pc. Otros estaban desayunando y se conectaban con el móvil, con el gato paseando alrededor de la mesa. Otro sin ningún tipo de vergüenza: «Profe, lo confieso, todavía estoy en la cama». «Basta con que estés», le dije. Y es que estaban todos, presentes de verdad. Me dije que eso era posible por una “relación que se mantiene”, y no porque estuvieran obligados». Todos en primera fila, «con una libertad que en clase es difícil lograr». Los de quinto, con la webcam y los micrófonos disponibles para intervenir. «Y lo hicieron sin crear confusión, de manera muy ordenada. Vas adaptando las preguntas de manera que sea posible responder a

Seattle, Estados Unidos.



Marta Maj, profesora de Literatura en un instituto técnico milanés.

28

todos, creando en algunos casos, como por ejemplo con los de segundo, conversaciones por chat». Al principio algunos tenían la cámara apagada. «Luego se iban animando a conectarla. Entrás en sus casas, te dejan entrar. Ves lo que quieren mostrarte de sí mismos, de su vida. Porque como yo, seguro, habrían estudiado bien el fondo del encuadre...». Ahora es como estar delante de un cuadro, a más distancia. «Observas cosas que de cerca no veías. Es un punto de vista riquísimo, me está educando a mirarles de manera distinta».

Estos días están preguntando mucho. Me gustaría estar a su lado, pero te das cuenta de que los estás mirando mientras tratan de responder a esta situación, en la que están menos controlados. «La cuestión ya no es lo que yo puedo hacer para “mantenerlos” sino su libertad para estar ahí, para seguir». Esa es la gran novedad. «Tú eres casi impotente. Estamos en red, pero sin red. Cuando entras en clase, la presencia física suele ir acompañada de tus ideas, aun sin quererlo, para que tu manera de moverte pueda mantenerlos pegados, atentos. En parte es así, pero en este momento es evidente que toda su libertad se pone en juego. Podrían estar delante del ordenador pero no “estar presentes”».

En cambio, los que al principio ni siquiera querían encender la cámara ahora levantan la mano para interve-

nir. «¿Durará esto? No es algo que haga yo, es algo que sucede o no sucede». La perspectiva cambia de día en día, el tiempo se va alargando y hace aún más difícil «e interesante» la apuesta. Uno de sus alumnos le dijo al terminar una lección: «Profe, qué ganas de volver a clase...». «¿Veis? Estamos hechos para vivir, no para estar parados», respondió Marta.

«Tenía miles de proyectos para ellos: profundizar en ciertas cuestiones, invitarles incluso a algún encuentro con los bachilleres a propósito de sus preguntas. Como si dependiera de mí. En cambio ahora está sucediendo algo en sus corazones». Lo lee en los mensajes que le envían. «Les da miedo el aburrimiento, quedarse bloqueados. “¡Pero eso pasa porque la vida nos quema por dentro!”», le dije a uno de ellos».

A muchos niveles, nos dice, hay movimientos más o menos confusos, que abren la pregunta sobre qué puede significar este tiempo. «Con una compañera trato de acompañarme en esto, también para sostener un juicio delante de muchos compañeros que te preguntan». Hay que mirar lo que hay ahora, la naturaleza y calidad de la relación que surge con los chavales y que te mantiene vinculada a ellos, que les hace estar en pie y crecer. «¿La didáctica? Se echa de menos, por fuerza. Pero cuando volvamos a clase tendrán que atarnos a la silla para estar tranquilos, del entusiasmo y las ganas que tendremos». ■

¿Qué basta para vivir?



Matteo Camponovo

Nacido en 1996, estudia el quinto curso de Física en la *Università degli Studi* de Milán.

Desaparece la intensa red de compromisos y encuentros. La “estructura” de la vida queda aplazada sin saber hasta cuándo. «¿Y si algunos amigos no estuvieran presentes físicamente? ¿Todo se habría acabado?». La experiencia de un universitario de “vacaciones forzosas”

El sábado 22 de febrero recibí un correo electrónico de la *Università degli Studi* de Milán donde el rector comunicaba a los alumnos que, a causa de la emergencia del coronavirus, el ateneo iba a permanecer cerrado y se suspendían todas las actividades.

Lo primero que se abrió paso en mí fue este pensamiento: «Lástima, las próximas semanas estaban realmente llenas de encuentros, el del arzobispo Delpini con el mundo universitario, un almuerzo con compañeros de curso, la Escuela de comunidad, la caritativa, el encuentro de responsables con Julián Carrón, los coloquios con profesores para cuestiones relacionadas con sus cursos... Todo cancelado, pospuesto hasta fecha pendiente de determinar. Y ahora, cuando toda la vida en la que estoy inmerso normalmente me falta, tanto en cantidad como en calidad de encuentros, ¿qué quedará?».

Segundo pensamiento: «Es un buen momento para poner todo en orden. Sin cursos ni compromisos, podré dedicarme totalmente a preparar el próximo examen. Pero quién sabe, también tendré que pasar mucho tiempo solo... Espero no perder demasiado el tiempo».

Así, al segundo día de vacaciones “forzosas”, antes de que Lombardía fuera declarada zona naranja, invité a mi apartamento a unos amigos que, como yo, querían tomarse en serio el estudio. Nada más vernos, rezamos laudes. Luego cada uno se dedicó a su tarea. Después de una mañana inmersos en los libros, Marco se levantó y dijo: «¿Qué comemos? Me ofrezco a hacer la compra y cocinar algo para todos». Pocas horas después, durante la pausa, alcé la cabeza y le dije a Riccardo: «¿Leemos juntos los apuntes del encuentro del sábado? Esas provocaciones parecen dichas adrede para estos días». Esa noche me acosté pensando: «Qué extraño, tengo la sensación de haber experimentado hoy la misma intensidad de vida que normalmente en la universidad».

«No se trata de gente que se mueve por heroísmo, sino por el deseo de compartir, incluso en una situación como esta, lo que hemos recibido»

A medida que pasaba el tiempo y hechos de este tipo se sucedían ante mis ojos, más se abría en mi interior la pregunta: ¿por qué, si me han despojado de toda esa intensa red de citas y compromisos en los que normalmente vivo inmerso, mi vida no se ha parado? ¿Por qué, si en vez de quedar con decenas de personas solo veo a algunas, experimento que la belleza de mi vida no ha cambiado?

Poco a poco tuve que admitir que estos días consistían en mucho más que en buscar «alguien con quien estar para no perder el tiempo». De hecho, los pocos que tengo alrededor no solo no me permiten estar físicamente solo y sostienen mi empeño por estudiar. No creo que eso bastara para liberarme del embrutecimiento humano en que es posible caer cuando se pasa tanto tiempo “desorganizado”, y sobre todo no bastaría para afrontar la “crisis” de estas semanas con la positividad que descubro en mí.

Entonces, ¿quiénes son estas personas? Puedo decir que son presencias que me testimonian la Presencia que da significado a mi jornada. Solo cuando me doy cuenta de esto, se vence el vacío y el embrutecimiento, se vence el miedo al virus. Lo más sorprendente para mí ha sido constatar que esto no solo sucede cuando estamos implicados en una cierta vida común en la universidad.

He vuelto a darme cuenta de que tengo entre manos relaciones donde no hay nada de mí que quede fuera y que hasta las cosas más pequeñas tienen un valor, como preparar bien la comida. ¿Pero por qué? Sus caras son esa presencia de la que habla Carrón en su artículo de *elmundo.es*. Estando con ellos me sorprende diciendo: no me falta nada. ¿Por qué? Porque he visto y estoy viendo una forma de estar juntos y tratarse que está a la altura de mi corazón. Me digo: me puede faltar toda la “estructura”, pero para vivir me basta esta Presencia, que podría testimoniarme incluso una sola persona que comparta conmigo tan solo un rato.

Un segundo punto precioso ha sido darme cuenta de que lo que he vivido estas semanas, y le está pasando a otros muchos, no tiene las dimensiones de un “aislamiento espléndido”, sino que tiene la capacidad de hacernos vivir la situación actual con una apertura y una “laboriosidad indómita”, tratando de responder a las necesidades.

El primer ejemplo es cómo no nos tambaleamos ante el estudio. Estas podrían ser semanas para “dormirse en los laureles”, pues ni siquiera sabemos si podremos hacer los exámenes. Pero una cierta manera de estar juntos nos está sosteniendo en este permanecer, en seguir estudiando como si fuéramos a la universidad, con el mismo interés y la misma

pasión. Incluso desde el momento en que esta posibilidad de cercanía física desapareció, estudiar juntos por videconexión nos sostiene igualmente. Otro ejemplo sorprendente ha sido el “*Cusl delivery*”, donde algunos de nosotros, que se implican gratuitamente en la cooperativa universitaria de estudio y trabajo, inventaron una forma de entrega de libros a domicilio para los exámenes. También lo ha sido ver cómo algunos de nosotros que son representantes de estudiantes se están moviendo para estar siempre actualizados y enviar a todos la información de última hora. Son “intentos irónicos”, por usar una expresión muy querida entre nosotros, pero me sorprende que nadie se habría lanzado a iniciativas de este tipo si no estuviera inmerso en la vida que os estoy contando. No se trata de gente que se mueve por heroísmo, ni por intentar hacer cosas extravagantes, fuera de lo común, sino por el deseo de compartir, incluso en una situación como esta, lo que hemos recibido.

¿Y si algunos amigos no estuvieran presentes físicamente? ¿Todo se habría acabado? Lo que me ha pasado me lleva a decir que no.

El primer día después del cierre de la universidad me pasé casi toda la jornada en soledad. Después de unas horas de estudio, me puse a perder el tiempo en YouTube. Al pasar por el pasillo, mi mirada fue a caer en el título de la revista *Huellas* de febrero:



© Emanuele Cremaschi/Getty Images

“Amiga soledad”. Me quedé impactado y me lancé a leer la intervención de Carrón. Lo devoré. Al terminar de leer, volvía a respirar, me sentía menos embrutecido, ¿por qué? Porque aquel artículo me recordaba que hay uno que vive y habla de la condición en que me encuentro de una manera completamente distinta, cien veces más humana, cien veces más deseable. Me impresionó que aquel artículo tuviera la misma potencia que los rostros de mis amigos. Volvió a encender en mí la conciencia de una Presencia que existe, arrancando todas las capas de distracción y olvido con que suelo taparla.

Todo esto no es posible porque yo imagine ciertas cosas o las construya en mi cabeza, sino porque la experiencia que estoy viviendo estos años en la universidad es tan potente que en cuanto aparece algo que me recuerda esa Presencia que la genera, esa conciencia se reaviva en mí. A veces puede ser incluso solo la petición de que Él vuelva a hacerse presente, pero esa petición ya está llena de Su compañía. Lo que leí eran palabras que me sostienen a la hora de decidir dejarle entrar de nuevo en vez de lamentarme por mi incapacidad, exactamente igual que nos recordaba Carrón en el último encuentro que tuvo con nosotros, los universitarios, antes de la llegada del coronavirus. ■

Politécnico de Milán,
defensa de una tesis online.



«No saldremos solos»



Paolo Perego

El bloqueo de las actividades, el riesgo del cierre, demasiadas incógnitas. Hoteleros, productores de vino, fabricantes de cisternas... el grave impacto económico de la epidemia narrado por pequeños y medianos empresarios. ¿Cómo se podrá continuar?



Bares cerrados. Vista de la plaza de San Marcos, Venecia.

Spread en aumento, altibajos en las bolsas, teletrabajo, empresas que progresivamente van cerrando establecimientos, otras que resisten como pueden en plena caída de la demanda y una facturación que quién sabe cuándo podrán cobrar... y las ciudades paralizadas. La situación de la economía y la empresa es muy incierta, se mueve entre las expectativas y el temor, con la gran incógnita de lo que pasará en el resto del mundo. En Italia, un informe de Confindustria ya anunció a primeros de marzo graves repercusiones en muchos

sectores: el 65% de las más de cuatro mil empresas participantes en el estudio había registrado incidencias negativas, sobre todo en su facturación. Porcentajes que se elevan en Lombardía y el Véneto. Más de la mitad declaró que tendría que revisar sus planes de negocio y muchas tendrán que reestructurarse. Hemos hecho un pequeño viaje por ese mundo, para ver qué y cómo se está viviendo. Y qué puede “sostener” en una circunstancia tan dramática.

«**Todo sigue parado**». Francesco Monteverdi, 62 años y nueve hijos, la menor de 12 años, dirige la empresa vinícola familiar —«desde hace ocho generaciones»— en un terreno entre Lodi y Piacenza. «Nueve empleados, más algunos comerciales. En gran parte hermanos, sobrinos, primos, hijos. Una pequeña realidad con unos tres millones de facturación, orientada sobre todo al exterior». La vida era espléndida, los viñedos ya empezaban a florecer en las colinas... «Ahora nos enfrentamos a lo que está pasando». Por ejemplo, al hecho de que «todos en la empresa vivimos en Casalpusterlengo, el núcleo de la primera “zona roja” decretada para contener la epidemia, mientras la sede está nada más salir, en Borgo San Giovanni». Lo que significa que desde el principio se quedaron sin la posibilidad siquiera de ir a abrir a los camiones que debían ir a cargar y descargar. Todo bloqueado. «Nosotros no podemos hacer teletrabajo».

Habla de una nueva vida, hecha de paisajes campestres y distanciado de los demás. «Mi trabajo a distancia es inconcebible, está hecho de relaciones y contactos personales. Online no es igual». Lo mismo pasa con la vida. «Hablando con mi hijo, discutíamos sobre la manera de saludarse que utilizan algunos jóvenes: con los codos o los zapatos. ¡Yo necesito abrazar! Quiero besar a mi mujer». Hoy se habla desde detrás de la puerta o entre los setos del jardín. «Me he reencontrado con gente a la que no veía desde hace años, que me busca para pedirme consejo porque saben que estoy implicado en la asociación empresarial *Assolombarda* de Lodi». Empresas de catering que han perdido sus encargos, actividades bloqueadas, sin proveedores ni pedidos... «Y la exigencia de que los productos cuenten con la certificación de estar exentos de virus. ¿Pero cómo? ¿Quién va a certificar a alguien que hace recambios de automóvil?».

Sin embargo, aunque pueda suponer un provocador desafío, como dice Monteverdi, «las condiciones son las que son y volveremos a empezar por donde se pueda. Pero estamos descubriendo cosas nuevas. Sobre el trabajo, la escuela, las relaciones... Hay mucha gente con la que hacer este camino que se abre ante nosotros. No logro imaginar que todo vuelva a ser como antes. La “dimensión individualista” en el trabajo está cediendo paso a una dimensión comunitaria. Porque no saldremos solos, habrá que juntarse con otros».

7.400 millones

pérdidas previstas hasta mayo para el sector turístico italiano (estimaciones de *Confturismo-Confcommercio*). El turismo, valor indirecto incluido, supone casi el 10% del PIB en Italia con 4,2 millones de empleos, y el 12% en España con 2,6 millones de empleos. En 2019 Italia tuvo 94 millones de visitantes y España, 83 millones.

-16,9%

caída de la Bolsa de Milán el pasado 12 de marzo, récord histórico. Ese día las bolsas europeas perdieron 825 mil millones en capitalizaciones. En España, la caída fue del 14%.

34

Hacen falta compañeros de camino «en este túnel inevitable», afirma Carlo Fabbri, hotelero riminés con actividad en Verona, Ferrara y Folgaria, en el Trentino, con dos hoteles de negocios y una instalación de turismo familiar de montaña. «Las repercusiones serán muchas, lo vemos con amigos y compañeros». El sector se vio sacudido desde las primeras horas de la emergencia para luego empeorar con el bloqueo de todas las actividades. «Con algunos enseguida surgió la necesidad de mirarnos a la cara y contarnos lo que estábamos viviendo. Pero con la mirada orientada hacia adelante».

Carlo habla de sus contactos con las instituciones, propuestas de futuro, ideas que poner en marcha cuanto antes, en cuanto acabe la epidemia. «Por poner un ejemplo, la promoción en el exterior en sinergia con las administraciones locales». Algunos colegas están desesperados, tienen hoteles pequeños y deben pagar alquileres. «Yo no estoy desesperado, ni siquiera sé si estoy en la lista de los que tendrán que cerrar, pero no estoy solo, tengo personas que me ayudan a estar delante de la realidad. Tenemos un problema. Intentemos resolverlo, buscar un camino». Habla de la compañía de sus amigos del movimiento. «Amigos en la fe que me sostienen. El otro día, en la Escuela de comunidad, hablábamos del Bautismo como el momento en que Cristo comienza su batalla por poseerte. Esta batalla también se libra ahora». Alguien acostumbrado a luchar y volver a empezar –desde siempre pero aún más estos días– es Fabio Marabese,

CEO en *Seingim*, una entidad véneta dedicada a proyectos de ingeniería para grandes empresas e industrias, sobre todo en el ámbito energético, que ha crecido mucho en los últimos años. «Tenemos clientes en Italia y en el extranjero, 200 empleados en ocho sedes repartidas por todo el país». Ahora casi todos trabajan desde casa. «Lo que hacemos lo permite, en parte. Era un proyecto que habíamos empezado a contemplar y ahora nos hemos visto obligados a ponerlo en práctica». El principal problema, por el momento, son las facturas impagadas por clientes que están bloqueados. «Si los bancos no nos ayudan, ¿cómo vamos a pagar los sueldos? Yo puedo apañarme, pero otros muchos no». Sin embargo, el futuro puede ser una oportunidad. «Hay aspectos negativos que conocemos. Pero estamos redescubriendo otros valores, también en la forma de trabajar. Por ejemplo, formando equipos incluso desde casa. Desde el exterior nos miran, ahora todavía más: sabemos resolver problemas, siempre lo hemos hecho». Hacen falta movimientos decididos por parte de las instituciones «para permitirnos, ahora pero también después, ser lo que somos: emprendedores. No podemos perdernos en trámites burocráticos. Muchos se han quedado solos, sobre todo los más pequeños. Hay que apoyarlos».

Entre esos “pequeños” está la empresa *Fratelli Bona Snc* de Chiavari. «Somos mi hermano y yo, un amigo y un chaval que lleva poco con nosotros», cuenta Samuele, nacido en 1980. Se dedican a la reestructuración y acabado de interiores, una aventura que comenzó hace tres años

275.000 millones

pérdida de facturación estimada por las empresas italianas para el bienio 2020-2021 si la crisis se prolongara hasta el verano. En el peor escenario –si la emergencia durase hasta diciembre– se llegaría a los 469.700 millones de pérdidas solo en 2020.

+55%

crecimiento estimado en el comercio online en caso de que la crisis se prolongara más allá del verano, según datos italianos. Es el sector que más ganaría, seguido de la distribución alimentaria (+22,9%) y los productos farmacéuticos (+13,8%). Las mayores pérdidas (aparte del turismo, con un dramático -73% solo en hoteles) se prevén en los medios de transporte: -55% en concesionarios de automóviles y motos, -45,8% en autobuses y furgonetas.

«con muchísimo esfuerzo, invirtiendo todo lo que tenía». Últimamente los negocios les iban bien. «Unos cuantos clientes, muchas previsiones y proyectos». Ahora todo es una incógnita. Para trabajar hay que ir al almacén, estar en contacto con fontaneros, electricistas... «Esta mañana nuestro proveedor ha cerrado. Y si no trabajamos, no nos pagan». La situación es complicada. «Un gran amigo nuestro está en el hospital, y también me preocupan los míos», cuenta. «Estoy acostumbrado a la incertidumbre y a la inestabilidad. En una empresa joven, ese es el orden del día, sobre todo al principio, pero nunca he renunciado a esperar algo, aunque sea ingenuo, en lo que hago». Habla de relaciones humanas con proveedores y clientes «aun a riesgo de perder algo», de amor a la realidad, aunque tengas que apañarte con un trozo de esparadrapo para arreglarte las calzas. «La gente se da cuenta. Es algo que he aprendido, que he hecho mío dentro del movimiento, pero que también se “paga” en el trabajo». Puedes ver

que hay algo “para ti” incluso ahora. «Esta mañana, yendo a hacer la compra, veía que la gente ahora te mira a los ojos y hasta te sonrío detrás de la mascarilla mientras trata, con cierto embarazo, de mantener el metro de distancia. Esa parte que es “para mí” ya la estoy recibiendo».

Lo mismo le pasa también a Mario Roncaglio, 45 años, de Soresina, al frente de una pequeña fábrica en Cremona. «Hacemos cisternas de acero para la leche. A finales de febrero empezaron los problemas». Estuvo quince días en cuarentena, aislado de su mujer y sus hijos, por haber comido con una persona que estaba contagiada. «Muchos amigos y conocidos han muerto o están ingresados. Aquí es así para todos». También en la empresa, a la que volvió a entrar «como pude» hace unos días. «Todos tienen miedo, también mis empleados, por muy acostumbrados que estén a trabajar con soldadoras y mangueras a gran altura». Gente dura, en definitiva, que el otro día escuchaba en silencio las palabras de Mario, «aunque

no soy de dar discursos. Cerraremos si nos piden cerrar», dijo a sus “chicos”. «Algunos pusieron objeciones, incluso de malas maneras, ¿pero qué quieres que les diga? El miedo es de todos... La cuestión es cómo estar delante de eso». ¿Entonces? «Ahora más que nunca, me levanto por la mañana y me doy cuenta de que existo, respiro. No lo puedo dar por descontado. La pregunta que reside en el miedo, en el fondo, empezando por el famoso “¿saldremos de esta?” que tanta gente repite ahora, es la necesidad de que alguien esté a tu lado. Para no “entrar en shock”, para no estallar. Anoche intentaba decírselo también a los trabajadores: “Fijaos en que el miedo forma parte de la vida, es justo tenerlo, más aún cuando pasas por debajo de veinte toneladas de cisternas. Pero hemos llegado hasta aquí, estamos todos”. Unas veces mejor, otras peor... Mirando a los ojos de la gente, cada vez me doy más cuenta de que hasta hoy alguien ha pensado siempre en nosotros, en mí. Esta certeza permite volver a empezar y ponerse en camino». ■

En la fuente

En Uganda, todo estaba preparado para unos días de vacaciones de los grupos de CL procedentes de varios países de África. Sin embargo, debido al peligro de un posible contagio, los amigos italianos no pueden acudir a la cita. Cunde el miedo, todo se paraliza. Luego... Desde Kampala el relato de un camino de libertad



Rose Busingye

36

Nacida en 1968 en Kampala, Uganda, es enfermera especializada en enfermedades infecciosas. Ha fundado el Meeting Point International en Kampala, que acoge a niños y mujeres enfermas de SIDA. Es la responsable del movimiento de CL en África.

Todo estaba listo, perfectamente organizado. Siete u ocho amigos debían viajar desde Italia para el encuentro a finales de febrero en Entebbe, cerca de Kampala, en la orilla ugandesa del lago Victoria. Desde hace un tiempo, cada dos años se vienen celebrando tres días de vacaciones juntos bajo el lema “En la fuente”, como se dio en llamar el primero de estos encuentros. Un grupo de unas 40 personas procedentes de los países africanos donde hay una comunidad de CL. Una ocasión de compartir la vida, mediante tres días de convivencia, diálogo y excursiones, para estar ante la Presencia que nos ha cautivado y ahora nos une. La fuente, por tanto, de nuestra amistad.

Luego, hace ya varias semanas, las primeras noticias. El coronavirus, el multiplicarse de casos en Italia, luego enseguida en España, los vuelos cancelados, las incertidumbres crecientes. En fin, lo que todos sabemos. Resultó claro que los amigos de Europa no podrían acudir a la cita. Empecé a preocuparme, a ponerme nerviosa. Se trataba de una cita muy

importante y su participación suponía una ayuda fundamental.

Las noticias empezaron a acelerarse. Desde Nigeria, desde donde tenían que venir algunos amigos, llegó la noticia de un caso de contagio. Me entró miedo. ¿Qué hacer? ¿Seguir igualmente sin los europeos? ¿Suspenderlo todo? Lo consulté con Carrón y algunos amigos. Buscaba una respuesta y en cambio... «Decidas lo que decidas, estamos contigo». Me quedé algo desconcertada. Pensaba que sería más sencillo si alguien me dijera: «Mantened las vacaciones», o bien: «Mejor las suspendeis». Me quedé bloqueada. Me tocaba a mí decidir, estaba obligada a jugármela en primera persona, a buscar en mi experiencia lo que he aprendido en el movimiento. Por mi cabeza rondaban mil preocupaciones: «¿Y si vienen a Uganda y nos contagian?». Cuando caí en la cuenta de que ninguno de estos amigos depende de mí, que no soy yo quien los salva, que ni siquiera un pelo de su cabeza depende de mí, empecé a respirar y a sentirme agradecida. Esto me ayudó a redescubrir que tampoco yo me hago a mí misma.



© Victor Moriyama/Getty Images

Volví a leer el artículo que Carrón publicó en ABC con ocasión de la Navidad. «Nuestro yo vale más que el universo», leí. «Si esto es cierto, ¿un virus puede reducir su valor? ¿Puede vaciarse su valor a causa de todo lo que está sucediendo?». Tuve claro que debía empezar por ahí. Y que haríamos las vacaciones planteando estas preguntas, junto con la provocación de la Escuela de comunidad. En *Crear huellas en la historia del mundo* se habla de la fe como «el conocimiento amoroso» de un «yo movido por entero, en su inteligencia y en su afecto» por una correspondencia real. Si Jesucristo nos ha atraído de esta manera, ¿quién o qué podrá apartarnos de él?

Entonces empecé a desbloquearme. La fe es lo que me permite estar en pie y vivir esta circunstancia concreta con una perspectiva distinta, partiendo de la pregunta: «Pero yo, ¿de quién soy?». ¿De quién soy en este preciso instante? En Entebbe, la noche del 29 de febrero, nos reunimos un grupo reducido procedente de Uganda, Kenia, Camerún... En ese momento era razonable. Fue un encuentro precioso. Estábamos serenos, a pesar de

que faltaran muchos amigos. En un momento dado, ante una cierta sensación de abandono, solté: «Bendito sea Dios que pasa esto. Una nueva ocasión para tomar conciencia de lo que nos decimos siempre: ¿hay algo en nuestra experiencia que puede vencer el miedo? ¿Este trance me permite experimentar de quién soy yo?». No nos damos a nosotros mismos ni un instante de vida. Caer en la cuenta de ello es lo único que puede dar esa paz y esa tranquilidad que pude ver entre nosotros.

Al final, tuvimos una conversación con Davide Proserpi, vicepresidente de la Fraternidad de CL, por videoconferencia. También aquí, en África, donde en general la gente vive con miedo –¡imaginad en una situación como la actual!–, con el temor a que quien gobierna se haga el sueco, esconda información o, peor aún, niegue el peligro, es posible mantener la serenidad. Fue palpable en los diálogos de esos días.

Doy gracias a Dios que me llama a vivir esta circunstancia para volver a ponerme en pie, para recobrar la conciencia de lo que soy, como si me preguntara: «¿Quién eres? ¿De quién eres?». Él me atrae hacia sí continuamente y nada me corresponde más. ■



Ayuda a la
Iglesia Necesitada

ACN ESPAÑA

Contribuye al sostenimiento de
sacerdotes en países de necesidad.



FUNDACIÓN
PONTIFICIA



Él celebrará la **Misa**
a la que tú no puedes asistir.

¿Le ayudas para que pueda celebrarla?

Solicita una Misa por tus intenciones en:

ofreceunamisa.org | 91 725 92 12



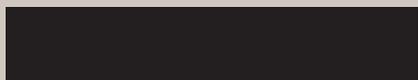
**r
u
t
a
s**

40

*Clarice Lispector.
Llegar
a lo que existe*

44

*Oriente Medio.
En el rostro
del otro*



Clarice Lispector

Llegar a lo que existe

Cuando se cumple el centenario de su nacimiento, un breve viaje por la vida de la escritora brasileña. Y por sus personajes, donde «el Misterio está siempre al acecho». Una obra maestra de momentos cotidianos, capaces de desvelarnos que la vida no basta



Cecília Canalle y Raúl Fernandes

Profesores de Comunicación en Sao Paulo, Brasil. Cecília Canalle da clase en la FATEC, Facultad de Tecnología; Raúl Fernandes en la FEI, Facultad Ignaciana de Ingeniería y Administración.

Escribir es devolver la realidad a otros hombres mediante la creación, con su asombro original, limpiando una mirada apagada y envejecida. Criar hijos significa, mediante lo que ya existe, ayudarles a reconocer la realidad en su rostro más verdadero. Y amar es dar la vida para que alguien, en un momento dado, caiga en la cuenta del infinito que habita en ella.

Escritora de origen ucraniano, con ojos rasgados y rasgos exóticos, Clarice Lispector (1920-1977) era experta en buscar la huella del infinito en todo, sobre todo en los detalles más banales de la vida diaria. Y cuando no la encontraba, al menos lamentaba esa falta inmensa. Escudriñando la realidad, con fina agudeza identificaba la ausencia de algo que gritaba en ella y nada podía acallar, incluso cuando todo iba bien.

«¿No me he olvidado nada?», pregunta por enésima vez la anciana madre a su hija, Catarina, protagonista de *Vínculos familiares*, uno de sus cuentos más célebres, publicado en español por la editorial Siruela. Sí, madre e hija habían olvidado de qué precioso material estaba hecha su relación, a pesar de las dificultades y las provocaciones. Esa simple pregunta despierta la conciencia de Catarina, que vuelve a casa dispuesta a gozar de la generosidad de todos, siguiendo los pasos de su madre que se lo enseñó primero. Luego se ve a Catarina junto a su hijo de cuatro años que casi no habla, que está siempre nervioso y distraído, porque «nadie había conseguido todavía despertar su atención». Ella se dirige a él con tono serio y apasionado. El niño comprende y dice «mamá». Era «la prima vez que decía “mamá” con ese tono y sin pedir nada. Era algo más que una sencilla constatación: “¡Mamá!”». Catarina se queda conmovida: otra vez se le había abierto el mundo.

Procedente de una familia hebrea ucraniana, Clarice Lispector llegó a Brasil con tan solo dos años y siempre se consideró brasileña. Y esta identificación es mutua. Además de ser una de las escritoras más populares del país (a



Clarice Lispector nace en Chechelnyk, Ucrania, el 10 de diciembre de 1920, en una familia hebrea que, obligada a huir a causa de los pogromos, se traslada a Brasil cuando Clarice tiene dos años. Tras su infancia en Recife, se licencia en Derecho en Río de Janeiro. Se casa con un diplomático y el matrimonio se establece primero en Italia, luego en Suiza y EE.UU. Tienen dos hijos. En 1958 vuelve definitivamente a Río, donde muere el 9 de diciembre de 1977. Escritora, periodista y traductora, es considerada la mayor escritora brasileña del siglo XX. Entre sus obras publicadas en español por Siruela, *Todos los cuentos*, *Aprendiendo a vivir*, *La pasión según G.H.*, *Un soplo de vida*, *Agua viva*.

pesar de que su escritura sea a veces difícil e incluso hermética), los brasileños la llaman familiarmente “Clarice” a secas, como si fuera una amiga íntima.

No le gustaba hablar de las trágicas circunstancias que obligaron a su familia a huir de Ucrania, en medio de la guerra civil rusa y de los brutales pogromos antisemitas que devastaron su tierra natal. Por otra parte, en su obra no hay claras referencias al drama que vivieron su familia y su pueblo. En una entrevista, cuando le preguntaron por el valor social de la literatura, confesó que se sentía casi humillada porque no lograba escribir sobre aquello. «El problema de la justicia es para mí tan obvio y fundamental que no consigo dejarme sorprender por él. Y sin sorprenderme, soy incapaz de escribir».

Sus cuentos hablan siempre de una sorpresa, de una maravilla que altera la vida cotidiana, revelando otra dimensión de la existencia.



La estatua de Lispector en la playa de Leme, frente a Copacabana, Río de Janeiro.

En su famoso cuento *Amor*, por ejemplo, una tranquila madre de familia, Ana, vuelve a casa al final de la tarde tras haber hecho la compra para la cena. Sentada en el tranvía, ve desde la ventanilla a un ciego que se mueve seguro en la oscuridad, mascando chicle. Mientras sigue distraída por esta visión —¿la visión de la ceguera de otro o de la suya?—, el tranvía frena bruscamente y Ana deja caer la bolsa de la compra, rompiendo los huevos que acababa de comprar. La sacudida existencial del ciego y la sacudida física del tranvía se entrecruzan. Y los huevos, una metáfora del nido de la vida, se rompen y gotean: la frágil cáscara de las apariencias ya no consigue esconder su denso contenido interior.

Está claro que momentos como este son siempre «peligrosos», como dice la misma Ana, porque pueden alterar el tran-tran de la costumbre. Y Clarice conocía muy bien el valor (al igual que los riesgos) de la vida cotidiana y de los pequeños quehaceres que la constituyen.

Licenciada en Derecho, nunca ejerció la profesión y solo ocasionalmente trabajó como periodista. Casada con un diplomático, vivió muchos años en otros países, sintiéndose siempre fuera de lugar y sola. Además de la literatura y de los eventos con delegaciones extranjeras (que le pesaban mucho), su principal ocupación fue la de cuidar a sus dos hijos, uno de los cuales sufrió precozmente por graves problemas de salud, siendo motivo de profunda angustia para ella.

De todas formas, sus andanzas le ofrecieron la oportunidad de observar al hombre en lugares y condiciones muy distintas. Por ejemplo, durante su estancia en Nápoles, en plena Segunda Guerra Mundial, Clarice trabajó como

voluntaria en un hospital, haciendo todo lo necesario y todo lo posible. Entre otras cosas, les leía las cartas que los pacientes recibían de sus familiares y escribía sus respuestas. Era una manera de buscar una relación más cercana con la realidad. Dijo una vez que su trabajo era «un intento fallido de llegar a lo que existe».

En sus cuentos vemos continuos intentos de «llegar a lo que existe» mediante relatos que hablan de la dimensión cotidiana de relaciones amorosas que anhelan algo más grande.

En esas relaciones hay siempre un desequilibrio, que se produce normalmente por un detalle banal: un ciego que masca chicle, el robo de una flor en el jardín, una gallina que pone un huevo, una mujer que llega con un sombrero, unas rosas maravillosas que la escritora compra por

«Hay tres cosas para las que he nacido y por las que doy mi vida. Nací para amar a los demás, nací para escribir, y nací para criar a mis hijos. Amar a los demás es algo tan vasto que incluye incluso el perdón para mí misma, con lo que sobra. Las tres cosas son tan importantes que mi vida es corta para tanto. Tengo que darme prisa, el tiempo urge. No puedo perder un minuto del tiempo que construye mi vida. Amar a los demás es la única salvación individual que conozco: nadie estará perdido si da amor y a veces recibe amor a cambio»

(de *Aprendiendo a vivir*)

la mañana, una señora que escupe al suelo el día de su 89 cumpleaños... Son acontecimientos banales que, sin embargo, despiertan de su sopor a los protagonistas del cuento, aportando la sutil certidumbre de que sus intentos de retomar el control de la vida serán en vano.

En Clarice, el binomio equilibrio/desequilibrio no supone solo una suerte de reasentamiento que se podría expresar de la siguiente manera: todo parecía en orden, se produce un pequeño evento que altera la situación para que luego todo se reorganice. En su obra, por el contrario, la vida no se reorganiza. Clarice introduce en lo cotidiano un sentido de inadecuación e incumplimiento que, una vez descubierto, impide restablecer la vida al nivel anterior. El cuento *Misterio en San Cristóbal* presenta una familia que goza de los bienes que se ha ganado. Solo la hija siente que algo le falta, como una extraña insatisfacción interior. Ya es de noche y ve a tres hombres con una máscara que, atraídos por

la floridez del jardín, entran en él para arrancar una flor de jacinto; cuando se dan cuenta de que la chica los está mirando, huyen despavoridos. La casa se despierta agitada, pero nadie entiende la inquietud de la muchacha: todos se esfuerzan (es un tema recurrente en sus cuentos) por restablecer el equilibrio anterior. Pero ya no puede ser, sobre todo para esa chica: ha pasado algo que lo impide. Existe siempre un misterio al acecho en la vida diaria que, como una sombra que huye, se oculta en cuanto lo percibimos. Por eso muchos personajes de Clarice sienten una suerte de vértigo debido a una revelación. Son momentos de manifestación, en los que la persona recibe un impacto que le hace comprender que la vida no basta. Si por un breve momento parece que el paraíso esté a las puertas, incluso el evento más nimio puede acallararlo todo. Se trata de una “felicidad clandestina”, el título de otro famoso libro suyo.

El dolor más agudo de la escritora es la percepción acuciante de la des-

proporción original entre su deseo de infinito y la precariedad de la vida que, aunque inmensa, resulta demasiado limitada para el deseo del corazón.

En nuestra opinión, su gran contribución es la de mostrar que lo cotidiano es precioso, pero que en sí mismo puede ser agobiante, convirtiendo su potencial sacralidad en una condena.

En 1976, un año antes de su muerte, Clarice fue entrevistada por José Castello, un famoso crítico literario brasileño, que le preguntó acerca del sentido de escribir:

J.C.: ¿Por qué escribe?

C.L.: *Le contestaré con otra pregunta: ¿por qué bebe agua?*

J.C.: ¿Por qué bebo agua? Porque tengo sed.

C.L.: *Significa que toma agua para no morir. Lo mismo que yo: escribo para seguir viva.*

Ojalá la lectura de Clarice posibilite este tipo de experiencia: que podamos percibirnos cada vez más vivos. ■

Oriente Medio

En el rostro del otro



Alessandra Stoppa

Arabia Saudí, Egipto, Líbano. Viviendo el día a día en países difíciles, la relación con personas de fe distinta ayuda a descubrir qué permite vivir. Tres testimonios desde las comunidades de CL

Riad. Una larga lucha

Mario Huterer vive con su familia en Arabia Saudí desde hace cuatro años. Ingeniero de telecomunicaciones, se ha pasado la vida yendo de un lado a otro. Hoy convive con el rígido islam wahabita en Riad, y dice: «Aquí no me falta nada para vivir». Desde joven tuvo que dejar Sarajevo por la presión de una sociedad de mayoría musulmana, en la que no veía ninguna perspectiva de futuro. Pagando además un precio por sus orígenes, medio alemanes, rechazando cualquier componenda y (hasta tres veces) la inscripción al Partido Comunista. Mario se labró un futuro él solo, estudiando como un loco y licenciándose con veintidós años. Con veinticinco decidió: «Tras un largo rato llorando, tomé la decisión y me fui para siempre. Ya se me hacía evidente que debía dejar mi tierra». Era 1985. Hoy tiene sesenta años y se le quiebra la voz conmovido,

por una razón distinta, porque un compañero de trabajo, Ahmed, interrumpe cada día su tarea para rezar orientado hacia La Meca. «Cuando se pone de rodillas, mirarle me provoca a pensar en mí, a ir al fondo. Me lleva a rezar. Nos hemos hecho amigos. Una tarde, mientras le acompañaba a la salida de la empresa, nos miramos sorprendidos. Sin muchas palabras, los dos estamos comprendiendo que no estamos juntos por el proyecto laboral, por el dinero, ni siquiera porque nos llevamos bien. ¿Qué es lo que nos une? ¿De dónde viene ese agradecimiento que sentimos el uno por el otro?». Empezaron a llamarse «hermano», y no era una manera de hablar. Mario se pregunta con sorpresa: «¿Qué hay en su rostro?». Esta pregunta vuelve una y otra vez. Creció en una familia atea, «nunca me pregunté por la fe, pero por el porqué de la vida sí». La ambición y la razón le empujaban a trabajar día y noche, llevándole a

vivir primero en Austria, luego en EE.UU, luego en Bélgica. Allí, un día un compañero de trabajo le invita a un encuentro. Él acude, más que nada por conocer alguna chica. «No sabía qué es Comunión y Liberación. Estaban leyendo *El sentido religioso*, el libro de don Giussani traducido al francés. Yo no lo entendía bien, pero me quedé. No por las chicas, sino por las palabras que leí en la contraportada y que me hicieron pensar: “Parece que este hombre tiene la respuesta al sentido de la vida”».

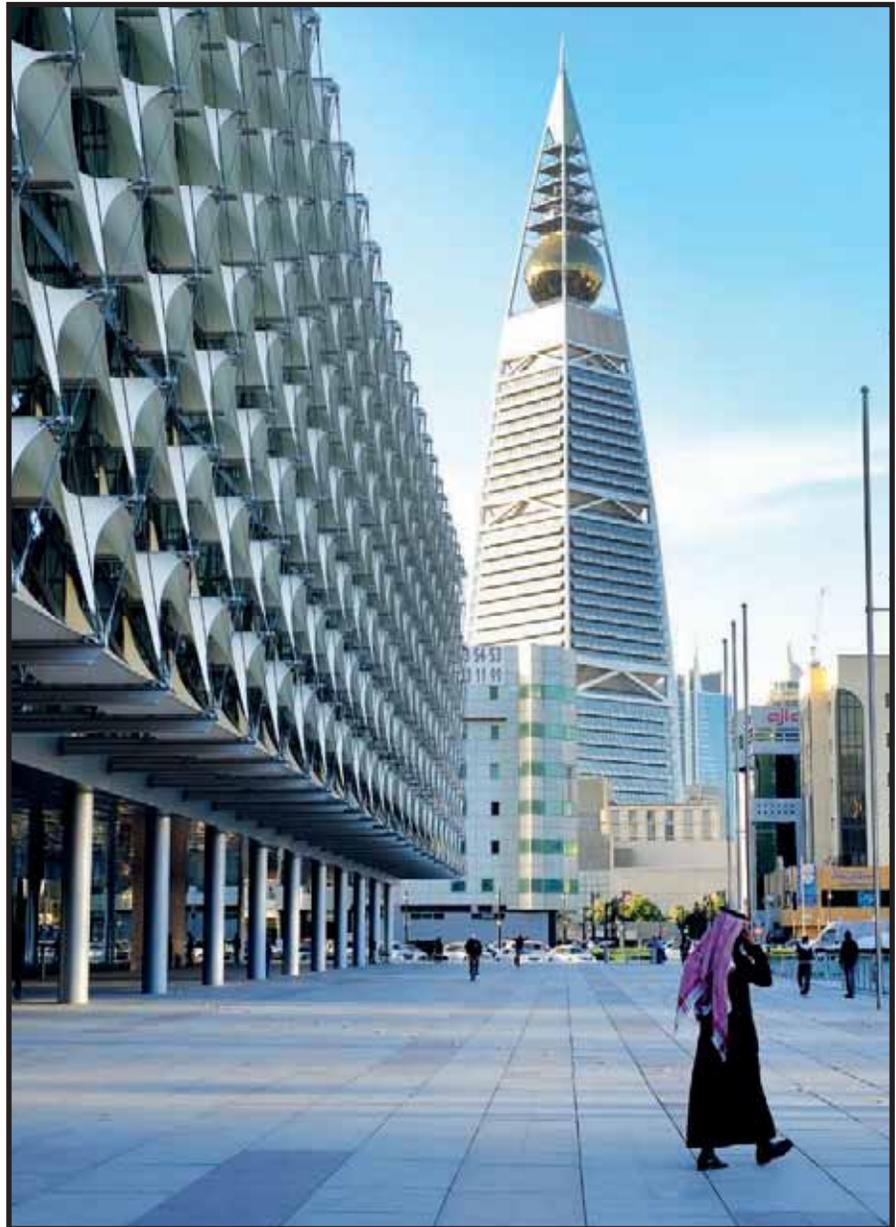
Entonces empezó una larga lucha. «Desde aquel primer libro, pasando por los demás, me costaba entender. ¿Cómo podía ser? Había sacado un doctorado difícilísimo, había estudiado y enseñado asignaturas muy complejas, ¿cómo era posible que esto me costara tanto?». Pasó quince años así, sin perder una reunión del movimiento y acudiendo donde estaban estos nuevos amigos

Riad, Arabia Saudí.

en Holanda, Francia, Luxemburgo... Sin embargo, «yo estaba decidido a entender, no a seguir. Quería –debía– conseguirlo con mi cabeza». Para Maru, la mujer de la que se enamoró y que hoy es su mujer, era sencillo. «Pero, ¿no lo ves?», le decía. Ella se asombraba por todo, él se sentía cada vez más frustrado. «Ponía todo mi empeño pero no aceptaba la simple fórmula “hacer un camino”. Pero nunca lo dejé, por esas miradas que han sido una gran compañía para mí. Rostros y nombres concretos: Giorgio, Maria Grazia, Thomas, Tiziana...».

El velo se rasga para Mario en lo que él llama «mi primer encuentro con el Otro». Le pasó «en plena inutilidad», es decir, haciendo la caritativa en un asilo de ancianos, estando con personas «que ni siquiera se percataban de nuestra llegada, o al menos eso parecía. No podía hacer gran cosa por ellos y, sin embargo, experimenté una paz desconocida. Esa paz no me venía de Maru, que estaba a mi lado, ni de esos ancianos. No podía explicarlo, pero era real». Cuando se mudaron de Bélgica a Italia, un día, en un encuentro del movimiento, cansado, dijo: «Basta ya. Me abandono. Haz Tú». «Y fíjate, empecé a entender», recuerda conmovido.

Mientras tanto, su familia crece, él los acompaña a la santa misa, estando allí «como una planta. Pero con un deseo dentro». Hasta que una tarde, en Austria, donde habían vuelto tras una enésima mudanza, un amigo sacerdote, Andrzej, que los visitaba de vez en cuando, llama a su puerta sin avisar: «Mario, llegó



© Crystaleystudio/iStock

tu momento». Él rompió a llorar y entendió sin necesidad de añadir nada. Andrzej le preparó para recibir los sacramentos. «Esa vez no vino a mi casa solo. Delante de mí no estaba solo Andrzej, en sus ojos reconocí a Otro».

Es lo mismo que ahora experimenta con Ahmed. «Dejé mi país a causa de los musulmanes y hoy daría mi vida por él. Nos une lo más hondo de él y de mí: la fe en Dios. Lo mismo me pasa con mi querido Chandru, que es hindú». Tras una larga lucha «conmigo mismo», cuenta, «siento una gratitud inmensa por haber sido alcanzado en esta vida por algo “de otro mundo”. ¡Qué increíble sorpresa para un ex ateo!». En Arabia Saudí no se puede expresar públicamente la propia fe en Cristo pero, repite, «no nos falta nada». «Lo tenemos todo porque Cristo sale a nuestro encuentro». Puede ser un compañero de despacho o su hijo pequeño, con una discapacidad grave, que «sale a mi encuentro a través de otro, de sus ojos, de su deseo». ■

«Se acercaba el Ramadán y la pequeña preguntó a Mariam si ella también ayunaría con ellos. “No”, le contesta. “Sabes que soy cristiana...”. La niña rompe a llorar. “Te lo ruego, ¡ayuna con nosotros!”. Mariam no comprende esa reacción, pero la niña llora desconsolada...»

Minya. Rahma y esa pregunta

Cuando Mariam llegó a su nuevo lugar de trabajo se quedó pasmada. Es asistente social y trabaja en una empresa sin ánimo de lucro llamada Bedaiat (que significa “Empieza”), a las afueras de la ciudad de Minya, a doscientos veinte kilómetros al sur de El Cairo, en la orilla izquierda del Nilo. Allí los niños ayudan a sus padres a vender droga y por las noches ven a sus madres prostituirse, entre edificios malsanos, con viviendas de una sola habitación que sirve a la vez de comedor, dormitorio y retrete. La mayoría de los chavales no van al colegio, venden clínex por la calle, recogen basura o roban. «Al principio mi trabajo consistía en buscar a estos chavales y ofrecerles compañía a través de las artes: dibujo, pintura, modelado con arcilla, música, cine. Llevo cuatro meses como coordinadora de los educadores que trabajan con ellos».

Mariam Shawki tiene 36 años y conoció la experiencia del movimiento, por primera vez, siendo una chavalita, durante sus años de estudio en un colegio de Alejandría, en Egipto. Cuando se casó, en 2012, se mudó a Luxor, donde no había una comunidad de CL. Con el tiempo y la distancia, la relación se relajó. Luego, hace dos años, llegó a Minya y empezó a trabajar en la periferia. «Me quedé pasmada». Se hundió al ver las condiciones en las que vive la gente allí. «Me angustiaba una pregunta: ¿cómo puede ser que exista un lugar así? ¿Por qué existe? Aquí los niños no están acostumbrados a jugar, sino a ser violentos y vengativos. Una mañana, mientras estábamos trabajando con un grupo de niños, uno de ellos agredió a otro con unas tijeras. Ese episodio fue demasiado para mí. Estuve de baja una semana, lloraba diciéndome: no hay esperanza para un lugar como

este. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué puedo hacer?». Luego, al estrés del trabajo se sumaron problemas familiares, y mi pregunta se agudizó: «¿dónde está Dios?». Un día, estaba con una de las niñas del proyecto, de doce años, musulmana, llamada Rahma, que significa “misericordia”. Se acercaba el Ramadán y la pequeña preguntó a Mariam si ella también ayunaría con ellos. «No», le contesta. «Sabes que soy cristiana...». La niña rompe a llorar. «Te lo ruego, ¡ayuna con nosotros!». Mariam no comprende esa reacción, pero la niña llora desconsolada: «no quiero que acabes en el infierno, quiero que vayas conmigo al paraíso».

«En ese momento tan difícil para mí, a través de una niña llamada “misericordia”, era Cristo el que me respondía, diciéndome: yo estoy aquí, contigo, y por eso hay una esperanza para este lugar», recuerda Mariam. Este hecho tan concreto, aparentemente inconexo, tocó las fibras más hondas de algo que no se había perdido. «Pensé enseguida en la comunidad de Alejandría». Así que volvió a buscar a una amiga del movimiento. «El Señor me había buscado y encontrado a través de Rahma, y aquello me remitió a esas personas que han fortalecido mi fe, que me han acompañado y ayudado».

Así que ahora existe una pequeña comunidad de CL también en Minya, que ha nacido mediante la invitación a participar en la Escuela de comunidad, a la que Mariam y su marido han invitado a algunos amigos de un grupo llamado Selmia (“Pacíficos”), en el que participan también algunos musulmanes. «Son los amigos con los que compartimos el camino de la fe en la vida diaria, la relación con los hijos, el estrés del trabajo... Nos ayudamos a vislumbrar la presencia de Dios incluso en las situaciones más difíciles». ■

© Alex Azabache/Unsplash



El Cairo, Egipto.

Beirut. «¿Dónde está tu esperanza?»

Tú eres un bien para mí. Esta frase se le quedó grabada hace años, cuando fue el lema de un Meeting de Rímini que siguió desde lejos. Francesco Rameh es un joven cristiano que ha vivido sus veinticuatro años en la Beirut actual. Trabaja como consultor informático, aunque está licenciado en ingeniería mecánica. Pero no es obvio tener un empleo en un país doblegado por la corrupción, que se declaró en quiebra en vísperas de un cambio de gobierno. «Un país espléndido y rico en recursos completamente arruinado», dice con dolor. El paro juvenil en el Líbano alcanza el 36%, casi la mitad de la población vive en el umbral de la pobreza, muchísimos abandonan el país. Son muchas las razones que confluyeron el pasado otoño en una sublevación popular sin precedentes, transversal respecto a las clases sociales, a la periferia y al centro, a cristianos, chiítas, sunitas, drusos... pidiendo la dimisión de una clase política entera.

«Cuando empezó la revuelta, estaba contentísimo. Pero un día me dijo una amiga: “¿Y si todo esto acaba mal? ¿Dónde está tu esperanza?”», recuerda

Francesco. Esta pregunta lo dispuso a acoger un hecho que pasó al poco tiempo, durante una Escuela de comunidad. «Mi amigo Marcelino, un joven como yo, hablaba de las dificultades que todos tenemos. Y, en un momento dado, dijo: “Yo sé lo que necesito. Volver a experimentar la belleza que saboreé en el Equipo del CLU”». Se refería al encuentro con algunos universitarios de otros países, en el que había participado un año y medio antes.

«Me quedé impactado», continúa Francesco. «No dijo: necesito dinero, justicia, un cambio de gobierno... No. Necesito volver a

Beirut, el Líbano.



© Carlos Haidamous/iStock

48

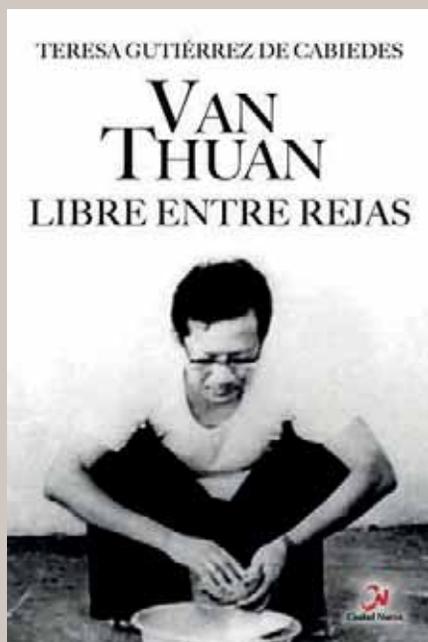
experimentar esa belleza». Necesitamos un encuentro imborrable. Francesco vuelve a sus años universitarios, cuando echaba de menos una amistad así. «No suponía un problema la diversidad de religiones. Aquí en el Líbano, sobre todo entre los jóvenes, la convivencia cotidiana es buena, estamos todo el día juntos. Me faltaban los amigos del movimiento y no me abría a los demás, no compartía con otros lo que vivía, pensando que no lo entenderían».

Luego, una noche, cuando la nostalgia se hace más fuerte, acompañó de vuelta a casa a Jad, musulmán, después del ensayo con la banda en la que tocan. En un semáforo, se les acerca una niña pidiendo limosna. «Le pregunté cómo se llamaba y le dije: “Si mañana estás aquí, te traigo un regalo”. Cuando volvimos a arrancar, Jad, conmovido, me dijo que le gustaría tener mucho dinero para construir una casa donde acoger a esa niña y a todos los niños que viven en la calle. Me lo decía de corazón. Tenía el mismo deseo que yo». Entre los dos algo cambió. «Empecé a comentarle las series de televisión que veo, diciéndole que luego me da vergüenza porque he perdido el tiempo... Pero él me ayudaba a juz-

garlas y a separar el grano de la paja. No me lo esperaba, pero empezó una relación muy buena con él. Es un bien para mí».

Jad lo sorprende siempre. Como hace poco. Francesco tiene una amiga del movimiento de sesenta años a la que conoce desde siempre. «Viendo el deseo de vivir que tiene, veo en ella “el ciento por uno” del que habla el Evangelio, la juventud que se renueva en quien sigue a Jesús. Me llamó mucho la atención que la pri-

mera vez que Jad habló con ella por teléfono, para pedirle un favor, a él le bastaron pocos minutos... Me llamó enseguida diciendo: “¡Es increíble! Esta mujer tiene un espíritu más joven que tú y yo”. Jad había visto, había interceptado la diferencia en una simple llamada. Yo he necesitado años de camino para aprender a reconocerla y muchas veces lo doy todo por descontado. Jad es un bien para mí, porque necesito aprender a ver lo que su corazón ve». ■



Teresa Gutiérrez de Cabiedes
Van Thuan. Libre entre rejas
Ciudad Nueva
pp. 368 - € 19

La derrota del miedo



Francisco José Serrano Oceja

Teresuca ha escrito una novela sobre la vida del cardenal, y santo aún no declarado, Francisco Javier Nguyen Van Thuan, ahora también traducida al italiano. El último libro que leí de este mártir fue el de Miguel Ángel Velasco. Y tengo que decir que me pareció una delicia.

Ahora, otro, con una sensación de que nunca me parecen muchos. La vida de ese hombre de Dios da para más, siempre más. Máxime si tiramos del hilo de una de sus enseñanzas: uno de los principales enemigos de la fe es el miedo. La libertad interior es condición de presencia y posibilidad de encuentro con Cristo. Para ser libres, nos liberó Cristo, también en la cárcel. Y presidios reales y simbólicos hay muchos.

No sabía que Teresuca fuera literata. Sabía de su congénita ingenuidad, y de su bondad, por no escribir bonhomía, que me suena un pelín raro. Conocía su faceta periodística, de contertulia siempre ocurrente. Incluso su vena de filósofa, aunque solo sea por su trabajo y cercanía con el maestro Alejandro Llano.

Tengo que confesar que su tesis doctoral sobre Hannah Arendt, y su posterior libro sobre el periodismo en el pensamiento de la filósofa judía, siempre me pareció una genialidad. Si alguien quiere saber de verdad qué es el periodismo, ahí tiene *Palabra de Hannah Arendt. Ser o no ser periodista en la era del punto cero*, editorial Encuentro.

Y ahora nos sorprende con un relato, ficción, “póesis”, poética, del heroísmo en las cosas pequeñas, el heroísmo en la perspectiva de lo eterno. Ritmo trepidante, escenas no muy largas, juego de colores, sensaciones, espejo de la santidad, nombres, profundidades.

Así es el libro sobre los segundos, los minutos, las horas, los días, los meses, los años del cardenal Van Thuan en prisión.

Perdón, se me olvidaba, Teresuca es Teresa Gutiérrez de Cabiedes, y el libro del que estoy hablando se titula *Van Thuan. Libre entre rejas*, editorial Ciudad Nueva. «Muchas veces había imaginado cómo reaccionaría si le intentaban asesinar...». El resto se lo dejo a usted, querido lector, y lectora, vamos, faltaría más.





Un grupo de migrantes en la frontera de Pazarkule tratan de entrar en Grecia desde Edirne, Turquía.

En la frontera con Grecia, decenas de miles de sirios son rehenes del pulso entre Ankara y la Unión Europea. En las últimas semanas, la crisis de refugiados en la frontera de Kastanies, a lo largo del río Evros, se ha llenado de sombras sobre lo que está ocurriendo, la violencia, la guerrilla y los centros de detención. Tan solo entre febrero y marzo se calculan 400 detenciones y 44.000 intentos de entrada denegados. El Papa ha pedido que el dolor por la situación creada por el coronavirus «no nos haga olvidar a los pobres sirios», reclamando de nuevo a la comunidad internacional para que haga frente al drama de nuestros hermanos que «huyen de la guerra, el hambre y la enfermedad».

Los ojos de David

52

Allí está, justo delante de la tienda donde ella tiene que entrar. Pide caridad con la mano tendida, pero Rossella no tiene ni una moneda en el bolsillo. Pasa de largo, entra, compra las velitas para la tarta de su hijo David. Mientras paga, mira por el cristal del escaparate. El chico sigue allí. Sale de la tienda con dos euros en la mano. «Por favor, ayúdeme. Quiero volver a mi casa y nadie me ayuda», le dice el chaval con acento del Este. Pocas palabras, sus miradas se cruzan. Rossella le echa un par de monedas y se aleja. Pero él sigue hablándole y ella vuelve atrás: necesita treinta euros, no sabe dónde ir a dormir, le falta un brazo... «Me he gastado veinte euros en el cumpleaños, él los necesita para volver a su casa», piensa ella. Le da otros diez euros. Y otros diez. Él insiste: «Déjame tu teléfono. Cuando por fin llegue a casa, te llamaré». «Vale. Y tú dime cómo te llamas». «David». Le da un vuelco al corazón. El mismo nombre, más o menos la

misma edad, podría ser su hijo. Le sonrío, luego Rossella va hacia su coche: «Rezaré a la Virgen por ti». «Yo también», contesta ella. Una vez en el coche, Rossella espera que David pueda abrazar pronto a su madre. Y que se sienta querido, por fin seguro.

Mientras conduce, le entra una duda: «¿Y si se hubiera inventado todo? ¿Si fuera solo un embustero minusválido? Por dinero la gente hace cualquier cosa...». Le entra una sensación de traición, de ser una “dama de la caridad” tonta. Pero su mente corre veloz: ¿qué decía la Escuela de comunidad? «Hay una herida en el corazón... algo se tuerce... y el hombre no consigue mantenerse en la verdad». Ya, aunque le hubiera mentado, ella había vuelto atrás, le había mirado a los ojos y en ellos se había visto ni más ni menos que a sí misma. Y su necesidad de sentirse amada.

Pasan los días. Los ojos de David de vez en cuando vuelven a su

memoria. Luego, un día, suena el móvil. Número desconocido. Abajo, el lugar de donde viene la llamada: Rumanía. «Soy David. ¡He llegado a casa!». No habla desde el número que se habían intercambiado, ese era un número italiano. A Rossella no le cabe el corazón en el pecho: «¿Cómo estás?». «Bien, ¿y tú? Gracias por haberme ayudado». «Dale recuerdos a tu madre. Te quiero, David». «Yo también». Una profunda alegría. «¿Quién me quiere tanto como para hacerme vivir todo esto?», se pregunta. «Si fuera por mí, no me habría parado ante un chaval que pide limosna».

Por la noche, recibe un whatsapp desde Rumanía. En el perfil, vuelve a aparecer la cara de David. Entre los mensajes, una foto: un *collage* de caras que forman el rostro de Cristo. Rossella agranda la imagen. Se fija en ella. «Sí, David. Yo también creo que ha sido Cristo el que movió mis manos, mi corazón y tus pasos». ■



RIVAS VACIAMADRID - MADRID



Residencial RIVAS VILLAGE

VERSATILIDAD DEL ESPACIO · ÚLTIMAS VIVIENDAS

4/5 dormitorios y 3 baños
Planta sótano y ático
Garaje subterráneo
Terraza, patio y jardín privado

desde
454.175 + IVA



EL CAÑAVERAL - MADRID



Residencial TORREVERAL

SEGUNDA FASE PRÓXIMO INICIO CONSTRUCCIÓN ¡últimas viviendas!
TERCERA FASE ABIERTO PLAZO DE INSCRIPCIÓN

1, 2, 3 y 4 dormitorios, terraza, trastero y garaje
Piscina comunitaria y zonas ajardinadas

desde
140.916 € + IVA.
Viviendas 1 dormitorio en fase III



Domótica
Suelo radiante
Aeroterminia
AHORRO Y CONFORT



INSCRÍBETE YA. Elección de vivienda por orden de inscripción.
Visita nuestras casetas comerciales ubicadas en los solares

900 525 222

CELEBRAMOS LA PASCUA

EL LIBRO ES UN LUGAR DE ENCUENTRO



NOVEDAD

Una necesaria llamada de atención ante la loca voluntad colectiva de entregarse a la fascinación por la rapidez y la novedad.



NUEVA EDICIÓN

A la vez brutal y religiosa, simbolista y romántica, poética y realista, La Anunciación a María es probablemente la obra más emblemática y popular de su autor

www.edicionesencuentro.com

